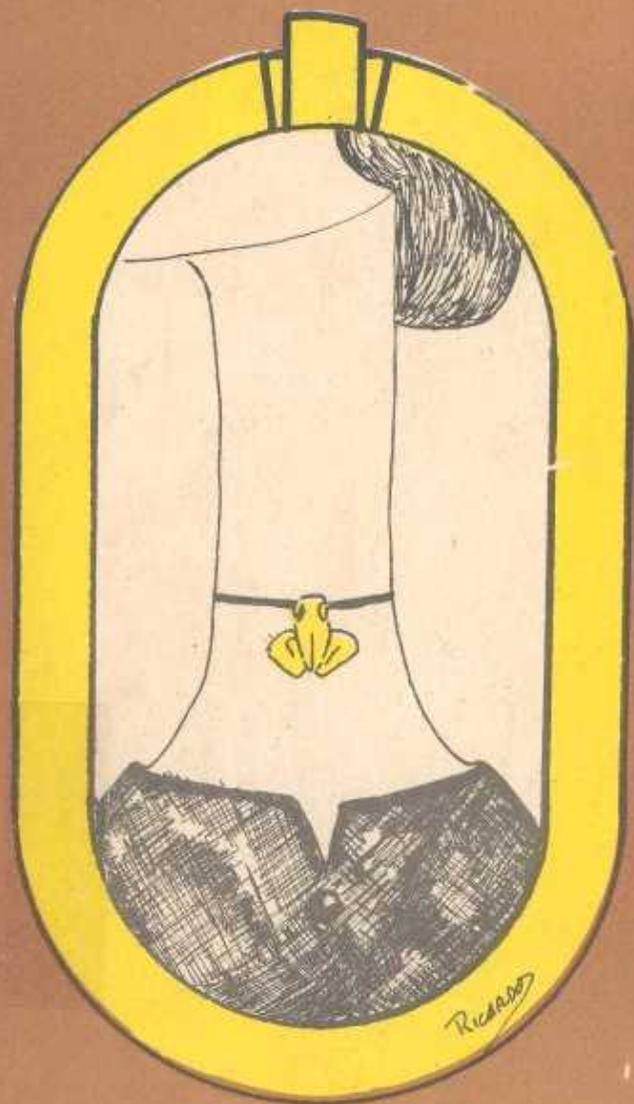


SIN FECHA FIJA
Isis Tejeira



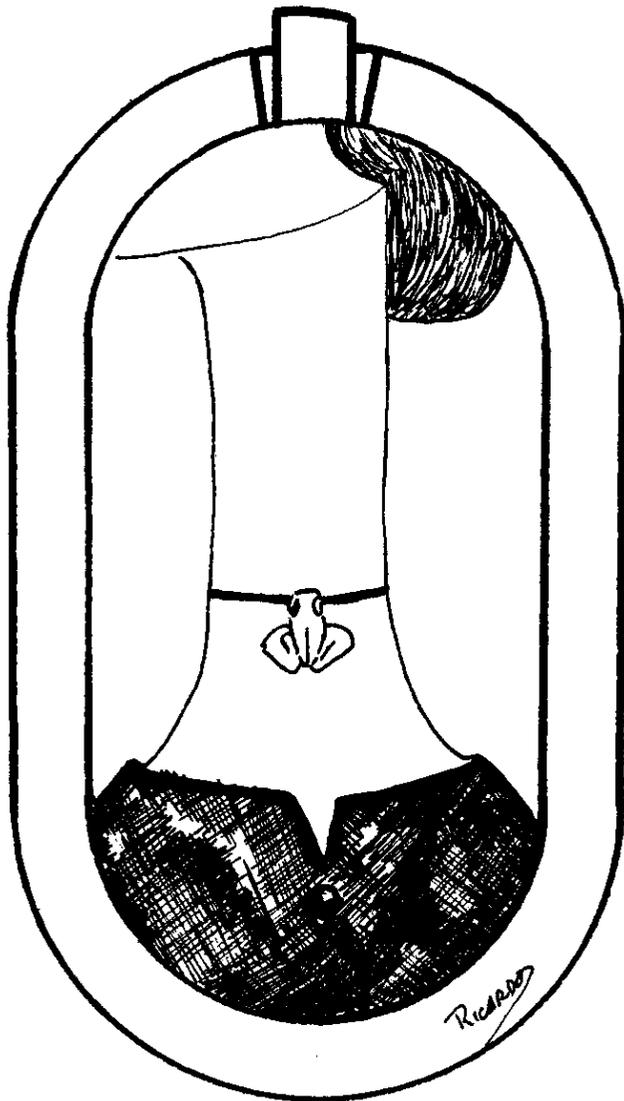


**Edición al Cuidado
de la Autora.**



SIN FECHA FIJA

Isis Tejeira



En *Sin Fecha Fija*, la protagonista queda atrapada en un ascensor, situación transitoria que origina la narración de una historia que logra conquistar la atención del lector, desde la primera página.

En una narración muy ágil, Isis Tejeira logra comunicar a sus lectores la asfixia de una mujer atrapada en un estrecho cubículo sin aire, luz, ni esperanza de rescate. Cubículo oscuro desde donde el universo de un ser atrapado, rehace la historia de todos los hombres y mujeres, con sus principios y sus valores, donde la relación de la "pareja humana" parece que sucumbe ante la inconsistencia de estereotipos, que retroalimentados por la misma sociedad que los crea, también los derrumba y los exaspera.

En esta novela breve, hay la bondad que se desprende de la solidaridad humana con que se logra comprender la situación de la mujer contemporánea: marginalidad, bastardía, religión, educación, costumbres, tradiciones parecieran conspirar para sujetar a las mujeres a una situación desproporcionada, injusta en sus relaciones de clase, de hogar, del pasado, del presente, del marido, del amante, de los hijos.

El tiempo en la novela deja de existir, todo se detiene en un ascensor donde el ayer es hoy, y el mañana una repetición idéntica, donde los cambios no existen, solo la permanencia cruel de una realidad que nunca tiene fin.

Novela revolucionaria, voz de angustia y protesta por la asfixia, ese espacio irrespirable donde germinan malolientes principios y valores andrajosos y gastados que se rumían en el escenario de la farsa, del teatro social del mundo que ahora nos circunda.

JULIO CESAR SCHARA

CORO: Una generación no libera a la siguiente; un dios se encarna con ella sin darle reposo.

ANTIGONA de Sófocles.

CREONTE: Ya que tienes que amar, baja, pues, al fondo de la tierra a amar a los que ya están allí.

ANTIGONA de Sófocles.

¡Vea la Vaina! ¡Pasó lo que tanto temía! ¿Por qué no me fui por la escalera?, ¡he quedado atrapada! ¡Contral, ¡qué país éste en que siempre se va la luz!, y no sé ni dónde está el timbre de alarma. ¡Qué oscuro está esto! Debí haberme fijado dónde estaba el timbre, me enseñaron a ser tan precavida, tan todo en su sitio, tan ordenada... y ahora... Aquí está, este botón debe ser. ¡Esto sí que es oscuro! Nada, está dañado. ¿Qué tiene que ver el timbre con que la luz se vaya?, no, no puede ser. Presiona, una y otra vez, presiona, presiona, todos los botones, uno, dos, tres, no hay más. Total, eran tan pocos los pisos que tenía que bajar, mejor es la escalera, y más en este país donde se va la luz. ¡Dios!, no suena, y son las cinco de la tarde, y de viernes cultural. Todo está cerrado ya, ojalá y quede algún portero. Grita, golpea la puerta, duro, más duro. Hubiera dejado este trabajo para el lunes. Siempre con la manía de estar al día, de no atrasarme nunca... No, no, esto tiene que abrir, hace un calor infernal aquí dentro. Esto está tan oscuro y tan pequeño, parece una trampa. ¡Dios, no hay quien me oiga! Grita, grita más, desesperadamente, comienza a llorar. Hacía tanto tiempo que no lloraba. Ya no grita, aúlla, golpea la puerta, se lastima las manos, nadie pasa afuera, nadie oye, y esa oscuridad, esa oscuridad tan enorme, como el cuarto en que dormía cuando era niña y le tenía tanto miedo a los ruidos. Grita nuevamente, aúlla, brama, gruñe. Esto es algo así como estar muerta, conscientemente muerta, el día de mi muerte. Cierran la caja, y soy la que está allí, a lo largo, a lo ancho, a esto le llaman pelar el bollo, y ¡tan buena que era!, sí, porque no hay muerto malo. No quiero, no quiero sentarme en este sarcófago donde se consume la carne. Un sarcófago de metal, tan duro como la piedra, como los sarcófagos de tu pueblo. Ataúd, nicho, tumba, sepulcro, catafalco, pudriero... y el tamaño de las cajas funerarias, seis, siete pies, ocho, cuánto, según el tamaño, y se dan en todos los tamaños, en todas las categorías: de metal, para que demore más la desintegración, para que no entre la humedad de la lluvia, para que el muerto sea aún más extraño a su propia tierra; de madera, las hay de diferentes clases, de caoba, más consistentes -nunca como el metal- de cedro, de pino las más débiles- con esas sí que al poco tiempo se reconoce la lluvia y se sabe que se ha sido acogido por la madre tierra. Araña la puerta, golpea con los puños, salvajemente... ¡Sálvenme, por Dios, sálvenme!

Algo húmedo y salado llega a tus labios. No debes llorar, decía la tía,

SIN FECHA FIJA

eso es de gente mal educada, y ni tan siquiera lo hiciste ante la muerte de un ser querido, por falta de conciencia, por estar recién nacida, porque los seres queridos se me fueron antes que yo fuera, y mi madre fue demasiado extraña para mí.

Un día me llevaron al pequeño cementerio en la salida del pueblo, cerca de la ermita; con aquel corotú de raíces tan grandes que cubría la entrada con la sombra de sus ramas, y hacía tanto calor, como ahora, en aquel cementerio del pueblo adonde te llevaba tu tía a ver a tu madre muerta ya, y allí está, te dijeron, ya lo sabes, demasiado extraña, demasiado ocupada con sus muertos, sin oír tu voz. Tengo miedo, mucho miedo... y mis muertos fueron todos a ese condominio en el pueblo de San Blando que no tiene cuando, allí en donde han ido enterrando a mis muertos, y los iban sacando, en ese pueblo de nunca jamás, donde se han dado todas las historias. Tengo mucho miedo, Dios mío, y todavía me piden que sonría, SMILE, en la oficina, en la calle Domplín y hasta el autobús amarillo dice: SONRIE, Dios te ama. Golpea con fuerza, da un alarido chillido, alarido lamento, alarido vociferación, como ese antepasado tuyo que no conociste, y que dicen que cuando lo fueron a sacar del condominio estaba entero, enterecito, con una expresión de terror en la cara, pero estaba entero, como el padre Guembe, al que le achacaron tantos milagros, y hubo enormes peregrinaciones, porque con sólo tocar su cuerpo curaba las enfermedades; pero acá, en tu casa, en tu ilustre familia no se dijo nada de ese antepasado tuyo que encontraron entero, enterecito; porque a mi familia no le gustan los escándalos. Aúlla, llora, muge y... nada. Sólo el silencio. Es viernes por la tarde, estoy cansada y ronca y ya no puedo más.

Y si me quedo aquí tranquila, ya lo dijo alguien, que se llora tres minutos, luego se me queja y se resigna uno. Suerte que tengo cigarrillos aquí, en mi elegante cartera de cuero, cigarrillos con poca nicotina, a ver, ¿dónde estará el encendedor?, es que tengo tantas cosas aquí, sí, aquí están, bien guardaditas, en su bolsa especial para ellas, mis barajas con sus pares y sus nones, siempre igual, aquí en mi cartera de cuero fino, y el encendedor, aquí está, desechable, porque siempre lo pierdes todo, tranquila, tranquila... Prende el cigarrillo y el pequeño ascensor sin aire se ilumina tenue, muy tenue. ¿Qué

ISIS TEJEIRA

me dirán mis barajas, aquí en la oscuridad, a ver, con el encendedor puedo ver... ¡vaya!... ¡el diablo!... ¡Quiero irme de aquí, quiero salir, Dios mío!, quiero salir, todo está en silencio, todo está apagado, la luz se ha ido. Llora lento, más lento, lentísimo. Hay que aceptar el hecho. Tranquila, nada te va a pasar, yo cuidaré de ti, no te haré daño, esto está muy oscuro, lo sé, pero no tengas miedo, tranquila, aún tienes muchas horas para respirar, aquí, sentada, relajada, así dolerá menos, tranquila, tranquila, respira, todavía hay aire, tranquila, que hay aire.

— . —

Sí, hay que tener sangre fría. Casi me ahogo. Al menos ahora, ya puedo respirar. A ver, más hondo, muy hondo, tranquila, ¿cuánto tiempo habrá pasado?, una hora..., dos..., y ¿si es para toda la vida? Aceptado. Total, todo se acepta para toda la vida, mi amor, como tienes que vivir a su lado para toda la vida, como te dicen tus barajas que siempre traes contigo, en su bolsita de seda negra, como lo estuviste en el pueblo de San Blando que no tiene cuando, donde también hacía un calor infernal como éste que siento aquí. Tenías cinco años, cuatro..., eras una niña pequeña, flaquita, feíta, y tía, esa tía solterona que te crió te llevó a la escuela de aquellas monjitas: porque son las que mejor te pueden educar, porque eres una niña muy mala. Voy a morirme aquí, atrapada en este infierno, y me ha salido la baraja del diablo, por tu casa, la muerte, boca arriba, boca abajo, por ti murió tu madre, murió de parto, parto, parto, y pobre tú, le decían las vecinas a tu tía solterona beata, tener que hacerte cargo de esta responsabilidad, y tú, con tus ojos muy abiertos, por tu suerte y por tu porvenir, enterándote de que tu vida le costó la vida a tu madre, sí, siempre la baraja de la muerte, pares, nones, y por tu pasado remoto estaba el diablo, igual que ahora, y por tu porvenir, un largo, larguísimo y silencioso camino de tierra, pesado, triste, seco, y la catástrofe. Y las monjitas, qué bueno que están aquí, y enseñan inglés, francés, costura y buenas costumbres, en San Blando que no tiene cuando, donde estaba tu casa, en aquella calle larga, larga, la casa más antigua del pueblo, allí en la calle central con sus veraneras moradas, blancas, rojas, todos los colores, y aquellos

SIN FECHA FIJA

guayacanes que se encendían todos los veranos en la llanura de ese pueblo donde se han dado todas las historias, donde tu casa era la más solariega de todas, con un gran portalón y su puerta majestuosa, y una sala reservada sólo para las grandes ocasiones, con butacas de cuero, y la gran galería que rodea la parte de atrás donde van a dar las puertas cerradas de todos los cuartos. La casa de tu respetable familia de San Blando con un gran patio en el centro lleno de árboles, y los de mango tenían frutas casi todo el año, y allí acostumbrabas jugar sola, porque no debes tener relación con las vecinas, ya que no son tus iguales, y en esa galería casi sin luz, te sentabas a mirar, más allá, las casas de madera, distintas a la tuya, apretadas, una encima de otra, muy apretadas, camino del río, y esos veranos largos y secos, cuando los muchachos se iban al río y tú no ibas; -¡no vas a bañarte medio desnuda!-, y no usarás pantalones para que los hombres no se den cuenta del grueso de tus muslos, y todos los muchachos que no eran tus iguales iban a la llanura, a lanzar cometas al aire del verano, y tú tampoco ibas a aquella llanura encendida todos los veranos por los guayacanes, y allí cerca estaba la casa de la bruja, toda vieja, carcomida, rodeada por una zanja enorme con unos hierros muy feos que no sabemos cuándo se los llevarán de ese pueblo de nunca jamás. Pero ese mes en que fui a la escuela por primera vez, iba casi a rastras de la mano de la tía tía que es como tu madre, ¡si no hubiera sido por ella...!, camino de la escuela, toda sudada, como ahora, con las gotas de sudor resbalándome una a una por la frente, ¡oh Dios!, me ahogo, y el campo había empezado a reverdecer con las primeras lluvias, y allí estarás muy bien. Me la trata con firmeza, madre, ya sabe, con todas las reglas religiosas, muy estricta, hay que dominar sus malas tendencias, porque lo que se hereda no se hurta, claro, y estoy muy agradecida de usted que haya hecho una excepción y la haya aceptado aquí, en su escuela, y tú que apenas alcanzas unos palmos de la tierra miras a esa mujer enorme, alta, gorda, mofletuda, sudorosa, las gotas de sudor cayéndole, a ella también, resbalándole por los cachetes, por la comisura de los labios, cayendo sobre la toga blanca, sudándola, sacándose un pañuelo de la manga, todo sudado, limpiando sus gruesos anteojos con su pañuelo sucio, porque aquí sí que se ensucia todo. Las dulces, bondadosas y cultas, sobre todo cultísimas monjitas llegadas de muy lejos, en donde me dijeron años más tarde, no se

ISIS TEJEIRA

ven estas inmoralidades.

Y yo, flaquita, feíta, sentándome en la primera fila, con mi maletita y los cuadernos que ordenaron comprar, todos con mi nombre, para hacer palotes, grandes palotes que me atormentaban, porque tenía que hacerlos con la mano derecha y yo era zurda. Y estoy allí, en primera fila, con cincuenta compañeros más.

— Esto de que haya niños y niñas, madre, no me gusta, pero la educación religiosa es tan necesaria.

— Pero no se preocupe, sólo será en el kinder y hay buena vigilancia.

Y ese día sentí mucho miedo, tanto, tanto miedo, sobre todo cuando descubrí al fondo del salón de clase, sobre una puerta, un cartel muy grande con un cielo muy aburrido, muy muy aburrido, y unos diablos con labios muy feos que me miraban, riendo, con mil ojos en las rodillas, en los pómulos, en los brazos, riendo. Por ti el diablo, autocastigo, inclinación al mal. -Nunca me gustó que esta niña naciera como nació. Y el diablo allá, muy grande, y muchos diablos rodeando un reloj muy grande y una letras negrísimas, y la monja alta, gruesa, mofletuda, sudándolo todo, y yo sintiendo aquel hedor ajeno, a sudor de monja, que salpicaba mi cuaderno, y el cuaderno de mis compañeros, y yo mirándola desde la altura de mis cinco años, mirándola sin pestañear apenas, y los diablos mirándome con sus mil ojos en los brazos, en la frente, mirándote como aquí ahora, desde esta oscuridad, desde este calor que no aguanto, mirándome y por tu pasado remoto estaba el diablo...

Debe haber alguien allí afuera... oigo pasos. Llama nuevamente, a lo mejor te escuchan. Grita... aúlla... patear la puerta... dale... más duro..., puede ser que te hayan oído. No, no hay nada más que el silencio, fueron ideas tuyas. Este silencio pesado, abrumador, y este ascensor donde estoy encerrada, atrapada por el calor y el miedo.

¡Contra!, en esta cajeta uno no se puede ni sentar y todo está tan sucio. Creo que me desmayo como aquella vez..., no, no quiero recordar. Tengo que salir de aquí. Y esta baraja, este diablo que me mira, recuerdas aquel salón de clases grande, fresco, con sus ventanales que daban al jardín, con un césped terso y suave, y las banquitas donde cabían dos niños, muy separados para de-

SIN FECHA FIJA

jarle espacio al ángel de la guarda que siempre está a tu lado y que tenía una libreta grande, muy grande en donde apuntaba todos tus pecados, y aquel cartel allá en el fondo sobre la puerta del cuarto oscuro, que te enseñaba el cielo y el infierno, y las monjitas que tenían un ayudante negro, con una mano mocha, que siempre entraba y salía de ese cuarto que sólo se abría para él o para encerrar a los niños que se portaban mal. Aquel ayudante negro como el que vino en el circo que llegó al pueblo y que un día abrió sus carpas muy cerca de la zanja con sus hierros todos herrumbrosos, que cercaban la casa de la bruja, y aquel negro Blacamán con su cabello que parecía un paraguas, igual que el ayudante negro de la escuela, y había que estar muy quietos, quietecitos, porque si no te ibas al cuarto oscuro con Blacamán, que tenía una sola mano y un solo ojo, porque el otro era una mancha rojiza. Sí, en la escuela debías estar muy quietecita porque si no te ibas al cuarto oscuro con Blacamán, y estarás en este ascensor como en ese cuarto oscuro al que te negabas entrar, pero tú estabas quieta, quietecita en tu banca, porque no querías que te vieran, no fuera que te volvieran a castigar allí. Y aquel canto de aquella tarde, "*Oh Mary conceived without sin, pray for us, pray for us. Oh Mary conceived without sin, pray for us who have recourse to thee*" y las voces monótonas, y la lluvia larga, interminable, que caía y golpeaba las ventanas cerradas, y el calor y las monjitas sudándolo todo, sacando sus pañuelos de sus hábitos, secándose el sudor con sus pañuelos sucios, y un día estuve allí, en ese cuarto oscuro, horrorizada de las sombras de un trapeador al revés, y el pobre Blacamán con su cabello como paraguas llegó mirándome desde su único ojo, y yo aterrada, llorando y él mirándome sonriendo, dándome una pastilla pero yo con mucho miedo, igual que ahora, y cuando nuevamente me quisieron llevar porque no supe la lección, me agarré al dintel de la puerta y la monjita, toda sudada halaba, salpicándolo todo, halaba, y yo me solté y las dos fuimos a dar al suelo. Tumbaste a la monja al suelo, tumbaste a la monja al suelo, mira, tumbó a la monja al suelo, y me llevaron al frente y me colocaron un cartel que decía, I AM STUBBORN por aquello de estar en kinder, y no saber leer y no poder mi tía, la solterona beata que era como tu madre, hacerte estudiar la lección, pues estaba muy atareada y tenía que ir al rosario de las seis junto

ISIS TEJEIRA

conmigo, y estar en casa a las siete en punto de la noche para escuchar CRISTINA, "una mujer frente al mundo", pobrecita, tan desgraciada; porque durante mayo, todos los días, había que llevarle flores de mayo a la virgen, y todas las noches del año mientras hacía colchas para los pobres pobres, la tía tía escuchaba las radionovelas. Tu hermana tumbó a la monja, tu hermana tumbó a la monja, y mi hermana me miró con desprecio, mi hermana mayor, de mejor calidad, más bonita, más inteligente, que vivía con papá y su segunda esposa, pero me querían encerrar en el cuarto oscuro por no saber la lección, con una bruja trapeador y un Blacamán que me dio pastillas, y tuve tanto, tanto miedo, igual que ahora, sobre todo la vergüenza de aquel "*shame, double shame everybody knows royr name*" de mis compañeros de clase, una y otra vez. Recuerdas, querida, saliste en fila - *fingers on the lips* - y fuiste a la casa y todos te vieron y comentaron y la vergüenza atroz, y el diablo diabólico y los ángeles angélicos y quedé condenada al cuarto oscuro, a este ascensor en donde nadie me oye, en donde me condeno para siempre, y ahora a lo mejor alguien viene, y bueno, otro cigarrillo mientras espero, así, tranquila, al menos el encendedor me da algo de luz, y mis barajas..., pero no, mejor no les pregunto nada. Aquí debería pintarse, está tan sucio, y ese espejo, allí al fondo, roto, descascarillado, sí, es verdad lo que dice mi marido, los *samblandeños* no saben conservar las cosas limpias. Debo salir de aquí, calma, calma, la desesperación no lleva a ninguna parte, te hace perder aire, ya lo probaste, y el cigarrillo también, pero me gusta, me gusta y tengo sueño. Uno, dos, tres, cuatro, tres Ave Marías, tres Padrenuestros y tres Glorias antes de acostarse y te alejará al demonio de la cama, de allá en tu casa de nunca jamás, tu camita en aquel cuarto grande, con su techo muy alto, casi sin luz, ya que tu tía tía mantenía la casa más antigua del pueblo casi en la penumbra, así como aquí, con la luz tenue que me da el encendedor. Aquel cuarto con su gran ventana por donde entraban todos los ruidos de la noche, y la luz del farol de la calle, y las sombras de aquellos murciélagos que salían en las noches de lluvia, y las mariposas que se adueñan todos los años de San Blando, y el mugir del viento, calma pequeña, calma, que nadie dirá nada, calma, relájate, y yo temblaba de pavor, calma, calma, calma, tranquila, duérmete para que tomes fuerza, tranquila.

SIN FECHA FIJA

El espacio se ha hecho más estrecho. Siente esa sensación de eternidad donde todo se pierde y el abismo de las eternas tinieblas se abre ante ella. Una fila le compra sus desechos por latas, por litros, por botellas, por galones. Y ella va y también compra sus propios desechos a alguien que nunca ha visto, o tal vez ha visto una vez, por litros, por galones, por botellas. Por tu porvenir el as de bastos y el cinco de espadas, la catástrofe. ¡Oh Dios!, ¿esto sí es una pesadilla!, y me he bañado en sudor, y esta oscuridad, si al menos pudiera tener un sueño tranquilo. Pero no, imposible. Recuerdas cuando creíste y te consolaste pensando que la muerte y el sueño eran hermanos, porque uno se muere en cualquier momento y se lo comen los gusanos, y las hormigas, te había dicho el tío siempre borracho. Y la tía tía que era como tu madre te venía a despertar: "El demonio al oído, te está diciendo, deja misa y rosario, sigue durmiendo". Porque debías ir a la misa de cinco de la mañana, y tú querías quedarte pereciendo en la cama. Tú querías seguir en esa laxitud de sueño y duermevela, y creíste que así era la muerte de dulce, poder seguir durmiendo sin que nada te obligue a levantarte, y una noche una mariposa grandota con alas de murciélago golpeó tu ventana una y otra vez, pasaba una y otra vez, y estabas temblando de miedo como una casa vieja de donde se han ido hasta los fantasmas. Y no, no podía ser la muerte ese demonio al oído te está diciendo, no era, no, el golpe persistente de una mariposa de alas enormes de murciélago, como las del diablo de aquel cartel que tanto te asustó de niña. Y ahora, por qué tengo que soñar que mis desechos cuestan plata y la gente los compra, siempre, siempre el sueño.

Porque una vez tú ibas a morir y no quisiera perder ese día de mi memoria porque era dulce; todo ha sido ilusión, todo sigue igual, no es que la luz se ha ido, es que este ascensor está dañado. Recuerdas, pequeña, el cansancio oscuro de la vida y el camino claro y luminoso de la eternidad, pero tú tenías un porvenir que no era el de la muerte.

¡Dios! tengo que salir de todas maneras, como sea, y pareciera que no, que no existe la más mínima posibilidad. Una colilla, dos, tres, incontables y los cigarrillos no me durarán. No, no puedo quedarme aquí, tengo que hacer algo. Tal vez pueda abrir la puerta. Con furia, con terror, pero tengo que

ISIS TEJEIRA

salir de aquí, y ya. Así, de pie, con los brazos extendidos en cruz, sobre la puerta, a ver, hay que empujarla hacia los lados, con fuerza a la una... relájate, respira hondo, muy hondo se ha movido un poco; a las dos... por tí el cinco de espadas, la enfermedad, la muerte, los filtros contra la soledad; a las tres... a lo mejor puedo abrir la puerta, hacia los lados, con fuerza, ¡Dios!, he hecho una rendija y por ella se filtra un rayo de luz. Respira hondo, muy hondo, ese rayo de luz, tus ojos fijos en ese rayo de luz, de la luz del farol de la calle que inundaba tu cuarto de sombras que te amenazaban, pero he hecho una rendija y tengo que salir de aquí, respira hondo, descansa, para que continúes, ya falta poco, por tu casa el triunfo, mira, el as de oros, con esta baraja no hay nada que temer. Y sí, tú eres para la vida, te había dicho la bruja que vivía en las afueras del pueblo, mucho antes de la finca de tu tía tía que era como tu madre, donde pasaban los veranos, y allí vivía sin luz, rodeada de gatos, creo que hasta sin agua, porque cómo olía a gatos. Y se ha filtrado un rayo de luz por la mínima, pequeñísima rendija que he hecho en la puerta, un rayo tibio de luz de la tarde, cálido como la ternura de un día, de minutos, la poca mínima ternura de un rayo de luz. Fija la mirada en ese rayo "como un rayito de luna", pues, "sin un amor la vida no se llama vida" Y aquel gato negro, a la entrada de la casa de la bruja, como una esfinge, con sus ojos como dos bolas de fuego verde, demoníaco, y en tu pasado remoto, te dijo la bruja, estaba el diablo, pero por tu porvenir, y allí estaba el gato mirándote, mirándote desde la ventana con sus dos bolas de fuego verde mirándote, y para que "la vida se llame vida" tiene que haber un amor, y tú, flaquita, feíta, con tu ropa de remonta, ya sin encajes, y unos ojos demasiado grandes y admirados de la luz que se filtraba, que se filtra, cálida como la ternura tuya de un día, de minutos. Y sí, por tu casa el triunfo, el as de oros, y el cinco de espadas pasa a ser consuelo, no la muerte; consuelo por las penas de amor. Porque no, tú no eres para la muerte, eres para la vida, por tu porvenir el ermitaño, barbudo, con un farol con un rayo de luz, porque puedes llegar a conocerlo todo, tú que no sabes nada de nada, que todo se lo consultas a las barajas, pares, nones, pares, nones, y estos sueños que siempre te vienen a visitar, y ahora, sueños que se venden tus heces por litros, por galones, por botellas.

SIN FECHA FIJA

No, no era la muerte mi porvenir, sino ese dormir de duermevela, pero resulta dulce ese llamado de la vida a morir, pues "frente a la muerte sólo morir se cabe", pero no, es cuando tal vez empezamos a vivir y nos apegamos a la vida de tal forma que eso de "polvo serás mas polvo enamorado", adquiere dimensión de irrealidad, amor, amada. Sí, una vez ibas a morir, tal vez como ahora, en aquel hospital donde había enfermos devorados por la artritis que deformaba los huesos, la cara, la risa, las dentaduras y el llanto, sólo el llanto; una eternidad de hospitales y huesos rotos, donde se dan todos los números, las inyecciones, el termómetro, a la hora, para la cama 504, y las camas que morían con todo y número, y las lavativas, y los orinales, y el reloj que siempre marcaba las horas, las mismas horas y donde sólo se permitía llorar.

El ascensor se ha movido, tengo que salir de aquí, se ha movido, ¡oh Dios!, ¡tengo que salir! A ver, muévelo, con fuerza, con más fuerza, brinca sobre él, uno, dos y tres, arriba, abajo, ¡oh no!, esto no es posible, ¡se ha cerrado la rendija!

Sí, amor, es inútil, sólo logras agitarte, y sudarlo todo, y agotarte cada vez más. Fue una esperanza como aquella cuando creíste que ibas a morir y sabes que si la vida sigue todo tiene que cambiar, si es que de esto salgo viva.

Todo ha sido un sueño, no ha vuelto la luz, y la rendija se ha cerrado. Ahora es peor que antes. Tú la has cerrado con esa brincadera, todo está como al principio. El rayo de luz se ha ido por la rendija de la casa de las afueras de San Blando, cerca de la zanja de los hierros viejos, que de nada servían, aquella casa de la finca de San Blando, que cerraba a las siete de la noche, desde que fuiste poseída por el diablo. Y tu buena familia tan respetable, que llegó en la Santa María con Cristóbal Colón y que no se comportaba así. Eso se deja para la gente cualquiera del pueblo. El rayo de luz se ha ido, la rendija se ha cerrado, ya debe ser de noche.

Ahora me daría un bañito con agua tibia, en mi casa donde todo está en orden, hasta mi marido. ¿Qué pensará mi marido, tan alto, muy alto, muy grande, con sus durables, redondos y enormes zapatos de doble suela, si no llego, como siempre, a las cinco de la tarde? Y sí, una vez ibas a morir, antes de volver a San Blando, donde temiste a la muerte, porque desde tiempo in-

memorial estuviste condenada al infierno. Y cuando ibas a morir, un padre llegó a darte los óleos y te dijo -allá en la capital de las luces rojas- que no tenías que confesar tus pecados; pero tú estabas condenada desde tiempo inmemorial.

Estará preparada para hacer la primera comunión, preguntó tu tía tía que era como tu madre, y tú allí, pequeña, feíta, flaquita, escuchándolo todo.

- No sé, pero esta niña no tiene arreglo, vamos a prepararla a ver si así-mila, esta niña tiene dificultad en el aprendizaje. No hay manera de que tome el lápiz con la derecha, y hay que escribir con la derecha, porque ¿no sabes, querida, que la izquierda es la mano del diablo?

Y en aquel verano, con un sol terrible, empezaron las largas clases de religión; quitaron el cartel de la puerta del cuarto oscuro y lo colgaron del tablero, y el cartel tenía el reloj que te impresionó el primer día de clases y va sabías leer y allí decía ETERNITY.

- Y cómo va su inglés, madre, creo que las clases de catecismo serán mejor en inglés, así aprenderá el idioma de los que dominan al mundo "*forever*" y es mejor que lo conozca, porque sin el inglés no se va a ninguna parte.

Y empezaron aquellas clases interminables, en tardes de lluvia, en tardes de sol, un sol infernal, como el calor que emanaba de aquella figura, como el calor que ahora siento, como las monjitas sudándolo todo, y supe que esa reunión de demonios era el infierno y que allí había un reloj descomunal que decía ETERNIDAD "*and you know what eternity is, forever and ever, and ever in hell*"; y dale que dale, y dale que le das, una y otra vez, un día sí y el otro también repetidamente, cíclicamente, y los angelitos que allí se encontraban muy muy aburridos, aunque cuando iba a morir no vi ni a los ángeles ni a los demonios, a pesar de todos los pecados sólo sentí el más grande de los silencios.

Y tuviste miedo de ir a la escuela y vomitabas todas las mañanas, porque cómo, cómo confesar mi pecado, pero si lo ocultaba iría al infierno, y a los siete años, como aquella pobre compañera, que no quiso ponerse la ceniza, porque claro, era hija del diablo, dijeron las monjitas, y los compañeros aterrados, cocidos por el miedo, porque cómo, cómo se había atrevido a llorar

y no recibir esas cenizas de purificación, y tal vez se le llevaría al cuarto oscuro, porque dijo que ella no era bautizada, y aquel pobre hombre, recuerdas, que nunca, nunca, nunca había cometido un solo pecado mortal, era un santo y luego cayó en una tentación, y ese mismo día, casi al instante, murió, y como era tan santo lo enterraron al pie del altar y todas las noches el muerto se salía con todo y caja, hasta que le preguntaron qué le pasaba y el hombre resucitó por un instante para contestar que ése no era su lugar, que él había cometido un pecado mortal antes de morir y estaba en el infierno. Y esta niña es muy mala, está delgada, delgadísima y no le hables a fulanita que tiene muchas ojeras, pero eso es que hace cositas malas y las niñas que hacen cositas malas les salen unas ojeras magistrales y las entierran vivas. Y tú, tú preguntándote qué sería eso de cositas malas. Y aquello de Dios benigno y misericordioso pasó casi inadvertido para ti y para todos, porque sólo se nos habló de la culpa, del yerro, del desliz, la tentación, el vicio, la perversión, y sólo adquirió la mayor corpulencia la figura del diablo con todos sus nombres: Satán que podía hallarse escondido entre las sábanas; Satanás que podía encontrarse en el baño; Belcebú en las aguas del río, el ángel de la guarda, ser reemplazado por el ángel del mal, y Lucifer, Mefistófeles, Luzbel estaban allí, todos vigilantes, esperando caer sobre nosotros, dispuestos a todo, porque ellos querían almas para el infierno; pero cuando yo iba a morir, sólo sentí la dimensión enorme del silencio.

— . —

Ahora sí, y si me orino aquí, ¿dónde me siento? ¡Quedaré encharcada!, menos mal que no me ha dado por hacer la mayor como en el kinder. Bueno, es mejor reírse. ¡Qué calor, Dios mío!, no soporto más, entre este infierno y las ganas de orinar que no aguanto. Bueno, mejor me olvido de esto. Es que estoy helada de calor. A lo mejor has llegado orinándote al averno, como mi tía tía que era casi como tu madre se irá al cielo, porque es tan buena, la desgraciada. Bueno, hay que controlar la vejiga. Puede ser que en poco tiempo llegue la luz, o alguien, o tal vez con un poco de aguante se arregle todo, porque hay que adaptarse para seguir viviendo, como te adaptaste a la idea de

que el día de la primera comunión debió ser el más feliz de tu vida, sí, o el más, no sé; también el del matrimonio es el más feliz... Todavía puedo aguantar las ganas un poco más. Me arde la vejiga, aguanto, siento como un cosquilleo que me sube hasta el ombligo, aprieto un poco más, la vejiga expandiéndose, un poco más, sí, cómo me arde la vejiga. Qué no daría por una bacini-lla, por una mica, por una cayetana, o como quiera llamarla mi tía, portátil. Si así como hay ceniceros portátiles, hubiera micas. Otro cigarrillo y tranquila, querida. Medio que quita el aire, pero hay cosas que ahogan más que todos los humos de todos los cigarrillos y todos los encierros. Algún día se abrirá esta vaina, si es que vale la pena que se abra. Por lo pronto me quito la blusa, aunque esto de quedar medio desnuda, aunque quién sabe cuántas veces... tres Ave Marías, tres Padrenuestros, tres Credos de penitencia y evitarás que el diablo esté a tu lado cuando te estés bañando, o bailando, o..., cómo me gustaría leer, o por lo menos un aparato de televisión, para ver las telenovelas, ¡vaya tontería!, con qué luz, si sólo tengo este encendedor que lo ilumina todo levemente, pero algo se ve, de algo me sirve, aunque claro, no serviría para prender la tele, pero las hay de toda clase, las hay que funcionan con "pura potencia" para que un día de campo pueda prenderse, y verse, y extasiarse en ella, como lo hace tu marido, y a veces tú, sin saber siquiera por dónde sale el sol, como la tía tía que era una santa no permitía la más mínima interrupción durante *La Mentira*, *El Derecho de Nacer*, porque en mi casa de San Blando que no tiene cuando, había todas las comodidades, de esto no te puedes quejar, porque a pesar de todo había de todo en aquella casa, aunque a la tía que era como tu madre no le gustaba que tú escucharas la radio, porque te distraería de tus estudios y de los quehaceres de la casa, pero tú la escuchabas a escondidas. ¡Oh Dios!, no sé si podré soportar estas ganas de orinar, este cosquilleo que me sube hasta el ombligo, pero tienes que aguantar, no vayas a encharcarlo todo, sí, a ver, otro cigarrillo, y el encendedor, dónde estará, ¡vaya la mugre!, siempre con tantas cosas en la cartera, ¡cuánto enredo!, vaya, aquí está, no lo guardaré más, nunca encuentras nada en ese basurero, y al menos con él me doy un poco de luz en este catafalco. Bueno, vamos a entretenernos un poco, así, con la luz tan leve, levísima, así me olvido de mí y de mi vejiga. ¡Qué oficiosa es la gente!, ¡cómo pinta las pare-

SIN FECHA FIJA

des! SI ESTAS SOLA LLAMA AL 334430, ALLI TE HAREMOS EL FAVOR, NEGRA LINDA. Vaya, vaya, hacer el favor, ja, no creí que iba a reírme. En un tiempo era perjudicar, como a la mujer de las hijas del pecado, y a mi pobre vecina, virgen y mártir, como a *La Zulianita*, *Rafaela* y *Simplemente María* las perjudicaron, les hicieron el favor. SI LOS HOMBRES NO LO PIDEN, LAS MUJERES NO LO DAN. NO ES LO MISMO COGE MELO QUE COGEMELO, como tus primos se cogían, y tú no te atreviste a confesar tu horrible pecado. Te horroriza todo esto, como aquel verano, antes de tu primera comunión, llegaron tus primos de la capital, con la tía tan elegante. Para enseñarte los oficios y ciertas formalidades femeninas te enviaban a arreglar las camas, todas las camas, de todos los cuartos, y esto era una obligación, porque una vez se te hizo tarde para ir a la escuela y se te olvidó colocar los sobrecamas y la tía que era como tu madre, iracunda, regañándote fue a buscarte y delante de todos: uno tiene que cumplir, que primero es el deber, y luego tú, regresando avergonzada y triste, pero más nunca dejé de hacer las camas, y atrás se quedaban tus compañeros burlándose, porque pobrecita la huerfanita que no tiene ni padre ni madre, porque ella no tiene mamá, murió cuando nació, y el papá se casó y sólo quiso criar a tu media hermana, tu hermana mayor que tú, más bonita que tú, con una mamá muy buena, pobrecita, que también murió, y recuerdo aquel verano que vinieron mis primos y mis primas, ellas con sus ropitas de encaje, que yo después heredaría, ya sin encajes, y ellos fregándote la paciencia, siempre mandándote, tus primos que estaban de vacaciones, y estaban jugando bajo un palo de mango, en el patio, algo así como al gallo y la gallina, y me había dicho la criada lo que estaban haciendo, y los perros de la calle también, y ella me dijo que estaban culeando, así de simple, como simple parecía el pueblo de San Blando, y así lo aprendiste tú, pero eso debía tener relación con las cositas malas, porque niña, te dijo la tía tía, no sea tan preguntona, por qué tiene que saberlo todo, y pensaste que sólo las bestias tenían derecho al apareamiento e hiciste una relación entre cosita mala y el apareamiento de los animales y mis primos jugaban, y me dio mucho miedo que jugaran así, porque si eso era la cosita mala podrían salirles las ojeas magistrales, y entonces los enterrarían vivos, pobrecitos, porque por allí sólo se orina, y no debe uno

tocarse nunca, y yo los veía enterrados vivos, y corrí a casa y allí estaban el tío que siempre estaba borracho, y la tía de la capital tan elegante, siempre tan elegante, y la que era como mi madre y llegué gritando, tía tía, mis primos están culeando, con inocencia, culeando, como lo habías oído tantas veces, y el tío borracho riéndose a carcajadas, soez, sucio, escupiéndolo todo con su risa. ¡Jesús, María!, mira esa palabra, dónde la aprendió; es su mal fondo, rugió la tía beata, enfurecida; y el tío borracho: esta niña se apodera de toda la mierdera que oye, y el dinero, coño, que te cuesta educarla, y las carcajadas deformes de dientes carcomidos y dijo la tía tan elegante, tan elegante de la capital: ella no es buena compañía para los niños, y la tía tía que era como tu madre, indignadísima, desaforadísima, gritando cada vez más y nunca la había visto tan iracunda, y el tío siempre borracho gritando palabras sucias y me sentí mínima e infame, y me castigaron y no pude jugar más con los primos, porque tú decías palabras muy feas, y ellos, por supuesto, tampoco quisieron saber más de ti por soplona, y los cuerearon por sucios e inmorales, y a mí me pegaron hasta el cansancio, y eso que la tía tan buena que te crió no era dada al Martín Moreno que saca lo malo y méte lo bueno, que estaba siempre colgado detrás de la puerta, amenazante, y se acabó ese verano para mí, y tuve que pasarme semanas enteras enterrada en mi cuarto leyendo la vida de San Blando, patrón del pueblo, que había vencido a todos los demonios que se habían posesionado de su cuerpo, y de San Nacienceno, y de Santa Eulalia virgen y mártir, y Santa Mónica que se le abrieron unas cuencas profundas en los ojos de tanto llorar por la conversión de su hijo y de Santa Elena, el ánima sola, y yo en la mayor de las vergüenzas, peor que cuando tumbé a la monja y que cuando me fueron a buscar para que hiciera las camas, porque aún aquí tengo en mis oídos la risa estentórea de mi tío que vivía borracho y de la tía de la capital tan fina, tan distinguida, y mi tía que era como tu madre con eso de que rama torcida no se puede enderezar, y eso que vas a hacer la primera comunión el próximo invierno. ¡Oh, Dios mío!, ¡cómo me arde la vejiga!, pero hay que aguantar, porque después aquí no se podrá estar. Recuerdas el miedo que tenías de entrar al confesionario, allí en la penumbra de la iglesia oscura, con aquellas ventanas estrechas de vidrios de colores por donde apenas se filtraba un rayo de luz de la tarde,

cargado de polvo que hacía cabriolas, y tenías que entrar a ese confesionario que se encontraba bajo ese rayo de luz y allí tenías que decir tus pecados, tus pecados inmensos, y ése, ése precisamente, que no sabías cómo decir y cada vez está más delgadita, y casi no quiere comer, por mala, los enormes platos de sopa de fideos con papas... Las monjitas nos habrían llevado a confesar a todas, en fila, muy ordenaditas, las más altas primero y yo estaba casi al final, todavía faltaban algunas que deberían confesarse antes que yo, todavía me podía salvar, y no entrar allí, en ese confesionario bajo aquel polvillo que caía y caía sobre él, y si lo cubriese ese polvo me salvaría, y yo allí, mirando para todas partes, en aquella iglesia de tres naves, y las bancas reservadas, todas en orden, para las familias más conspicuas del pueblo, donde estaba la tuya. Aquel techo muy alto sostenido con pilastras de madera colocadas sobre unas grandes bases de cemento, y el largo camino que hacía el comején por las paredes de esa iglesia, y el polvillo que hacía mil acrobacias, desde esa ventana de vidrio de colores por donde se filtraba un rayo de sol de la tarde, y yo acercándome, acercándome cada vez más al confesionario, y tuve una esperanza: sí, amor, ve y dile al padre que tienes un pecado que no sabes cómo decirlo, algo así como la ilusión de que vuelva la luz y que el ascensor se abra; pero nada, el cura insistió en que tienes que decirme, nada que no sabes cómo, y yo sudaba frío como ahora sudo, y creo que comprendí exactamente lo que significaba *"forever and ever in hell"*, y no, no hallaba la manera de repetir, de decir que yo había dicho esa palabra tan pecaminosa y que había visto a mis primos, y luego él, para ayudarme, me preguntó si era que había hecho cositas malas, ¿yo?, y esto te horrorizó, porque no, no era cierto, y luego me podían salir las ojeras magistrales y me enterrarían viva, y me sentí más horrorizada todavía y allí me quedé, atrapada hasta la eternidad, como aquella vez que casi muero, y mucho después de todos estos veranos e inviernos lluviosos y cálidos cuando la culpa y la expiación creció en ti gigantesca y era algo así como ya para qué, y fue entonces cuando el sacerdote me dijo que no dijera nada, que mis pecados eran perdonados, y para entonces todo había cambiado, y era que en ese instante, como ahora, como el momento de mi primera confesión, tampoco podía hablar, porque estaba atrapada en el confesionario, como la vecina que nunca salía de su casa, porque ella no fue buena, te dije-

ron, y no te dejaban hablar ni con ella ni con sus hijas, porque no eran tus iguales, eran hijas del pecado, y así, atrapada, atrapada, sin esperanzas de salir, porque la palabra del reloj de aquel cartel que te asustó el primer día de clases decía ETERNIDAD y esa eternidad significaba "*forever and ever in hell*". Vamos, hay que aguantar más, cómo me arde la vejiga, pero hay que aguantar, a ver, un poco más, aguantando cada vez más y más, y NO ES LO MISMO COGE MELO QUE COGEMELO, y te horroriza todo esto, si pudieras olvidar, a ver, le preguntaré a mis barajas, que gracias a Dios siempre traigo conmigo: saldré, no saldré, pares, nones, nones, pares, el as de copas al revés, cambio de casa, te acuerdas, querida, te acuerdas cuando dejaste San Blando para irte a la ciudad, a casa de la tía tan elegante de la capital. Tu hermana iba a casarse y fue terrible aquello de que su pretendiente se fijara en ti. Tienes que acordarte, porque feíta y todo, eres mala, aun con tu ropa de remonta, ya sin encajes, ¡cómo quisiera salir de aquí!, si pudiera abrir la puerta, pero mejor es que te quedes tranquila, recuerda que te estás orinando y a lo mejor viene alguien, tranquila, tranquila amor, tranquila como la tía beata que se iría al cielo con todo y telenovelas, leía tranquila la vida de los santos; la Biblia, ni hablar, a ésa no hay ni que tocarla, y aunque ya eras crecida debías irte al "vamos a la cama que hay que descansar, para que mañana podamos madrugar" a la misa de cinco, a hacer las camas, a correr a la escuela, sí, la escuela, la iglesia, la televisión: *Sea hermosa con una colección completa de colores frescos*, es la mejor manera de conseguir marido, *Piel fina, suave como la seda*, sobre todo a la iglesia, a la penumbra de aquel confesionario donde dijiste tantas veces los mismos pecados, menos aquél, porque tú eras mala, muy mala, *Y nadie es igual a mí*, que si habías sido terca, que si no habías arreglado las camas, que si decías mentiras, que si tenías malos pensamientos, que si escuchabas la tele a escondidas, desde tu cuarto; y el padre, éste al menos estaba muy viejo y callaba y me oía y me daba la absolución. Sí, casi casi pensaste que Dios te había perdonado, aunque por las noches eras devorada por las pesadillas, igual que ahora, en que se vendían todos tus desechos por litros, por galones, por botellas, aquellas pesadillas en donde se repetía una y otra vez, hasta el infinito, la escena de aquel verano, y ya no eran sus primos, sino una multitud en un infierno en donde se daba el acopla-

SIN FECHA FIJA

miento de personas y animales, una cópula intermitente bajo la luz del farol que lanzaba las sombras de los murciélagos monstruosos que revoloteaban amenazantes sobre ti en medio de aquella llovizna suave que caía y caía en la noche, y tú, desesperada por el sueño, te despertabas gritando y la que era como tu madre regañándote, y te quedabas sola, cocida por el pánico, y al día siguiente ibas a confesarte con aquel sacerdote viejito, que apenas oía, y *nadie es igual a mí*, y un día empecé a sangrar. ¡No, no podía ser!, iba a morir. Y yo estaba atrapada. Recuerdas, queridita, el miedo que tuviste y eso que tenías una media hermana mayor que tú, más bonita que tú, mejor vestida que tú, porque a ésta hay que casarla bien, y tú tan triste, tan huraña, tan antipática, claro, de tal palo tal astilla, pero yo no había hecho cositas malas, no, por qué señor, por qué se me castigaba así, por no haber confesado aquello terrible, lo de tus primos, pero es que a la ira de Dios hay que temerle. Sin embargo, todo pasó y quedaste *Libre, libre al fin como una paloma*, y te sentiste más tranquila. Fue sólo el susto; no se lo dijiste a nadie porque podían pensar que era castigo del cielo.

Ahora, más que nunca, te metías en la iglesia aunque, ¿cómo lo permitiste?, allí estaba él, el pelirrojo, alto, delgado, con su radio a todo volumen cantando "ese muerto no lo cargo yo, que lo cargue el que lo mató", y empezó a seguirte hasta la tienda del chino que vendía de todo, hasta aquellas revistas que tu tía te había prohibido leer, porque no enseñan nada bueno, con aquellas mujeres casi encueros, encueritas casi, **SI SU HOMBRE LA DEJA, CONSUELESE CON OTRO**, sí, era posible que fueran malas aquellas revistas. Las monjas te habían dicho que era pecado leer, y mirar a un hombre, no se diga; bailar, mucho menos. Ellas te habían dicho que cuando se leían libros malos o revistas malas, el demonio se paseaba por las camas. Sí, revistas como ésa, con esa tipa encuerita, encuerecita casi a las que no se debía imitar, porque entonces los hombres te miran demasiado. Y entonces sí que el diablo se metería en tu cama y te halaría el pie, como aquella niña que mientras dormía, olía a azufre, y alguien vio una sombra, y cuando fueron a revisar debajo del colchón encontraron montones de libros y revistas sucias, viciosas, con hombres y mujeres encueritos, y desde entonces temiste dormir con un

libro cerca de ti, y por mucho calor que hiciera, te cubrías no fuera el diablo a halarte los pies y llegó el momento en que no sabías qué era lo bueno y lo malo, y allí en el anaquel de la tienda estaba aquello de TRIUNFE EN EL SEXO, VEA COMO MARTE Y VENUS PUEDEN AYUDARLE, y afuera estaba él, en la esquina, como si nada, con sus ojos azules, mirándote, mirándote, esperando que salieras, pobrecito. con su radio a todo volumen, cantando *Cambia el paso que se te rompe el vestido*. Sí, estaba esperándote, definitivamente te salían cachitos, pero qué podía él ver en mí, pero te gustaba, claro que te gustaba, y me angustiaba, y al fin se fue y te sentiste muy triste y te metiste en la iglesia. Estaban formando un coro y tu voz, aunque la tía tía dijo que parecía la voz de un papagayo, le gustó a la directora del coro.

Al día siguiente ibas con la ilusión de encontrarlo y que te volviera a mirar con sus ojos azules, mirándote, mirándote, siempre con su radio a todo volumen, sus canciones, el flaco peligroso de piel pecosa invadida de adolescencia y no estaba, no estaba con su radio a todo volumen, se había ido con su música a otra parte, SI ESTAS SOLA LLAME AL 334430, ALLI TE HACEN EL FAVOR, NEGRA LINDA, y yo iba creciendo en virtud y pureza, y hacía los nueve primeros viernes, y los primeros sábados, y los primeros martes y los primeros lo que sea, y caminabas las procesiones "purificando tu alma de toda malicia", y un día volviste a sangrar en el coro de la iglesia, y no estabas preparada para cantar misa, y sentiste que tus compañeras se reían, y tú manchada, no te habías dado cuenta, y ellas riéndose, riéndose y tú sin darte cuenta canta que canta el Ave María, concentrada en tu voz, de que fueras tan fea y tuvieras algo hermoso, y entre todas estaban las hijas del pecado que no se reían, y tú no debías hablarles, tranquila, que no es nada, y en ese entonces también sangraste allá en la capital donde te exiliaron por quererle quitar el novio a tu hermana, mucho más linda que tú, mejor vestida que tú, más fina que tú. El forastero que llegó al pueblo de San Blando que no tiene cuando, el forastero ingeniero que la cortejó a ella, a tu hermana, y yo sin nada que ver con el asunto, y tú, muy de lejos, te atrevías a mirar al pelirrojo pecoso, y siempre en la iglesia canta que canta, "lo prometí, soy hija de María", en aquella iglesia del pueblo de San Blando, con su confesionario en la penum-

SIN FECHA FIJA

bra, al final de la nave lateral, y aquel coro donde se guardaba la loza del Santo Sepulcro y el féretro que tu tía tan buena, había mandado hacer para ella, ya que a todos nos toca y hay que estar preparada para el buen morir, y en donde ustedes se sentaban a cantar, allí en ese coro, donde pensaste que por algún extraño pecado que habías cometido te estabas pudriendo viva, y afuera estaba el pelirrojo con su radio a todo volumen, esperando que salieras para seguirte, pero tu tía tía había dicho que a los hombres había que hacerles “la cruz, animal feroz”, pues ellos eran como Canfinfa, que había unos que tenían un saco grande escondido y que te podían llevar allí, aunque el pelirrojo pecoso sólo te miraba, fuiii, fuiooo, tan idiota, ¡ay Dios mío!, me han vuelto las ganas de hacer pis, cómo me arde la vejiga, pero hay que aguantar, hay que saber controlar los instintos.

La hija del pecado que vio que todas se reían de ti se acercó, casi maternal, y estás enferma, te dijo.

- Si, creo que me voy a morir, pero no he hecho nada malo, te lo juro, no he hecho nada malo.

- No, no es nada malo. — Y era la primera vez que yo le hablaba.

- Pero yo no sé qué tengo. — Le dije.

Entonces llegó la tía que era como tu madre y te vio conversando con ella, con la hija del pecado.

- Te he dicho que con ellas no debes hablar. Y con un gran desprecio me llevó a rastras, como el día en que fui a la escuela por primera vez. Y me explicó muy a la ligera lo de cantar misa, lo de *Libre, libre al fin como una paloma*, pero que ahora debía tener mucho cuidado, ya que cantaste misa, pero yo tenía mucha curiosidad por saber por qué no podía hablarles a las hijas del pecado y qué era eso de hijas del pecado, y por qué su madre no salía nunca nunca a la calle, y por qué cuando yo iba a la escuela en la mañana la veía mirando el sol, siempre el sol, hasta que un día se puso muy tostada y se fue secando y secando hasta que se fue quedando como una pasita, siempre el sol, silenciosa, y casi todos decían que ella había sido mala, y mi curiosidad crecía con miedo, y no debía olvidar a las monjas que me habían hablado sobre los círculos del cielo y del infierno, *Y nadie es igual, Y nadie es igual a mi*, y cómo van bajando, bajando, y pensé que estar

en el primer círculo era menos malo que el segundo y el séptimo infierno, como la tía que era como tu madre llegará al séptimo cielo por la caridad que tuvo en recogerte, ya que tu padre no te quería, y tu madre murió cuando tú naciste y por eso causaste la muerte de tu madre, pobrecita la huerfanita, que la echaremos a la calle a llorar su desventura, y tu padre se casó y se quedó con tu media hermana, mejor que tú, más linda que tú, mejor vestida que tú; pero era preferible no llegar al último círculo del infierno, y era mejor confesarse muchas, muchas veces, y entrar al coro de la iglesia, y cantar misa, y salvarse como se salvaría tu media hermana, y no tú, tan atrevida, que creíste que podías quitarle el novio que un día llegó a San Blando que no tiene cuando y la cortejaba.

Llegó un ingeniero, ni más ni menos, un ingeniero y ella muy ilusionada con *Todo el colorido de las frutas silvestres*, y él que sí sí, que sí no. Y aquello fue apoteósico, el día de su debut en sociedad, con su *Colección completa de colores frescos, como las frutas silvestres recién cortadas para sus ojos, labios, mejillas y uñas* y él fue su pareja, y salió en los periódicos que la linda y espiritual señorita, hermosa flor de nuestro vergel samblandefío, debutará esta noche en sociedad, con un hermoso vestido de tul de ilusión traído especialmente para ella, por una de las más reputadas "boutiques" de nuestra capital, para que ella se vea radiante en esa noche de encajes y luces.

De repente me siento más tranquila, bien puedo esperar a que llegue la luz, todavía puedo aguantar las ganas de orinar, porque uno se acostumbra a todo. Tú tenías 15 años y el pelirrojo pecoso, que te miraba desde sus ojos azules se había ido del pueblo y allí estaba el pretendiente ingeniero, que a cada rato iba a la casa, aunque mi hermana no vivía allí, sino con papá, y la esposa de papá, y él me miraba y me miraba.

- Y tú, ¿por qué no sales a ninguna parte?. Y yo muda. Un día él llegó y la tía tía se había ido y tú estabas en la gran sala de esa casa solariega, en aquella sala que sólo se abría para las grandes ocasiones, y estabas allí sola, barriendo, trapeando, sacudiendo.

- Y no tienes novio.- Se acercó, te tomó del brazo, sonriendo, con una risa que no te gustó.

- Es que nadie te quiere, tonta, con esos ojos que me ponen...

Y sentí miedo, mucho miedo, y me fui alejando, alejando, y él acercándose, acercándose cada vez más, y el pelirrojo pecoso sólo me había mirado y me había silbado fuuuu, fuuuuuuu, y se había ido del pueblo hacía tiempo, y ya no lo veas más, y te sentiste muy triste, pero así era mejor, tal vez eso no era nada bueno, tal vez era pecado. Mi vejiga se expande cada vez más, pero debo aguantar... no vaya a encharcarlo todo.

- Es fácil quererte, tonta, no te dejaré abandonada.- Y se acercaba más y más y te arrinconó, y tú ahí, paralizada, con un sentimiento doloroso, pensando la cruz animal feroz, primero fue el hijo de Dios que vos, sí, era preferible no llegar al último círculo del abismo del infierno, y era mejor confesarse muchas, muchas veces, y entrar en el coro de la iglesia, y hacer los nueve viernes muchas veces, pues te salvarías, y es mejor que siga con las monjitas que le enseñan inglés, francés y a portarse como una señorita, y que mal que bien te están educando, aunque árbol torcido no se puede enderezar, *Esta noche quiero ser quién te hará sentir mujer*, y la televisión de voz en cuello, y ese radio a todo volumen en la calle, y él muy cerca de ti, muy cerca, y tú sin poder gritar, porque sería un escándalo y sentí su boca babosa sobre la mía, mira cómo me tienes, si eres una buena potranca para un jinete como yo, y llegó la tía tía que era como tu madre y ahora sí que no soporto más este calor y estas ganas de orinar, este torrente que me ha salido incontrolable, y he quedado húmeda, con todas las humedades del recuerdo de ti, de mí y de todos los pueblos de San Blando que no tienen cuando.

- Oh, demonio, así es que no se te puede dejar sola, envidiosa, malvada, te he visto, pervertida, con el novio de tu hermana que habla inglés, francés, tan culta, tan señorita, y tú, tú tan inculta, como todos los samblandefños, "*forever and ever in hell*". No, señor, de tal palo tal astilla, no puedo tenerte más aquí, hablaré con tu padre, y usted perdónela, caballero, que está loca, cómo se ha atrevido a tocarlo y allí, en mala parte, puerca puerquísima, inmoralota, yo la he visto, tocándolo por donde no se debe, sí, está loca.

Pero era preferible no llegar al último círculo del abismo del infierno, y lo supo tu padre, y tu tío siempre borracho, que casi violas al novio de tu hermana, y toda tu respetable familia supo que por poco violas al pretendiente de tu hermana, sí, casi violas al pretendiente de tu hermana. Era mejor mandarte lejos, a casa de la tía tan elegante de la capital.

— . —

No, no soporto más estas tinieblas y esta humedad, ¡cómo deseo la luz! Al menos así, entre cigarrillo y cigarrillo prendo el encendedor y voy iluminando todo tenuemente; al menos veo lo que hay en este cajón donde casi me ahogo. ¡Vaya la mugre!, ahora sí, ¡una cucaracha!, era lo único que me faltaba. ¡Sucia, mugrienta gigantesca! Parece una mariposa negra y manchada como las que dan el número de la lotería. ¡No, Dios, no puede ser! Ella y yo, lo único vivo, lo único real aquí. Se encuentran en cualquier parte. No, ¡Dios mío!, que no se mueva, en medio de esta humedad, de este calor, allí está la cucaracha voladora mirándome, mirándome. Debería matarla. Me da asco, pero debo matarla, para saber que ya no está aquí, que está muerta, aunque somos lo único vivo: ella y yo, lo único con vida. Sí, voy a matarla, y la sostendré del vidrio del espejo roto. Qué más da, así, con el zapato, ¡vaya!, ¡me encharqué el pie! MAMY, NO ME MENEES TANTO LA CUNA PORQUE ME DESPIERTAS EL NENE. ¡Qué porquería! Prendo un cigarrillo, apago el encendedor y así no leo más estas cochinas y me olvido de la cucaracha. Podrían haber escrito otras cosas, pero, qué va, nada de eso; pero en San Blando que no tiene cuando es igual, queridita, allá donde casi violas al pretendiente de tu hermana, y era mejor mandarte lejos, a casa de la tía tan elegante de la capital que también lo sabría, allá terminarías tus estudios, si es que antes no te perdías para siempre, y lo supo el cura viejo que apenas oía tus pecados, y la tía de la capital que quería hablarte, porque era inconcebible tanto descaro, cuando llegaste a la ciudad de las luces rojas, la ciudad de las calles sucias, y dejó pasar unos días, porque estaba ocupada y no tuvo tiempo de hablar contigo tan triste que te ves, tan alicaída, es el remordimiento de conciencia, mira tú, querer quitarle el novio a tu hermana, tan linda, tan culta, tan señorita, está bien que hagas lo que quieras, porque la tía tan elegante, tan

elegante que era tan liberada decía que está bien, que cada cual haga de su vida un tren, (hay una fila grande de personas que está comprando por montones algo tuyo...) y tú haz lo que quieras, pero tengo hijos varones y es preferible no correrse ningún riesgo. Sí, ¡cuántas cochinas escriben aquí!, pero todo es igual en todas partes, querida. En San Blando que no tiene cuando también, y ahora te vienes a escandalizar con lo que lees en este ascensor, no te acuerdas aquello que te preguntaron de saber cómo se hacen los chichís, y tú ponías una cara tonta y tus compañeras allí mismo en el coro de la iglesia comentaban, y a ella no le cuentes nada, que es tonta, la santita. La verdad, tú nunca habías sentido curiosidad a pesar de todo, a pesar de las hijas del pecado, a pesar de la mirada elocuente de tus compañeras del coro y de aquella que te lo vino a contar, a pesar de las cositas malas, porque tú habías oído hablar de cositas malas y te hubiera gustado saber qué eran, pero no tenías curiosidad, al menos así crees ahora, y tu compañera te hizo pensar que debía ser algo maravilloso por la cara que ponía, y te lo dijo de la manera más real, pero no, no podía ser semejante cochinada, con todo que te gustaba el pelirrojo pecoso invadido de adolescencia con la radio a todo volumen, antes de que el ingeniero pretendiente de tu hermana te dijera, mira cómo me tienes, y fue entonces cuando pensaste que era cierto. Aunque cuando te lo dijeron, no, no puede ser, te dijiste. Sí a pesar de los pesares, a pesar de tu vecina la virgen que metió la pata, pobrecita, sin haber hecho nada, y fue el último gran escándalo de San Blando, antes que te enviaran a la ciudad donde por ti, por tu casa, por tu suerte y por tu porvenir te esperaban las luces rojas. Y la tía tan elegante, te decía, además, que era bueno que supieras quiénes son tus familiares, tan respetables, donde las señoritas fueron señoritas, y no se les dejaba salir solas, y ya no eras una niña. —Nuestra respetable familia que llegó con Cristóbal Colón, allá por 1492, en La Santa María, La Pinta y La Niña, y todas se casaron, pero claro, tú naciste con malas áureas, porque es bueno que sepas la verdad, no tuviste suerte, y la cucaracha voladora, negrísima, tan grande como un murciélago se ha movido, revolotea sobre mí, dando vueltas y vueltas sobre mi cabeza y le tengo mucho, mucho asco, ¿por qué no se quedará quieta?, ¡qué ascol, Dios mío, y da vueltas y vueltas, estas cucarachas voladoras de más de tres pulgadas, grandes, grandísimas, sólo

salen a pasearse por las noches en los lugares inmundos, y aquí..., ¡qué mal me siento!, y la cabeza, ¡oh, Dios mío!, cálmate, cálmate, cómo se me aprieta el estómago, y se me sube a la garganta, como todas las mañanas cuando ibas a la escuela, recuerdas, que todas las mañanas devolvías la papilla, tranquila, no te agites, respira hondo, muy hondo. Sí, querida, y llegaste a la ciudad de las luces rojas donde vivía la tía tan elegante de la capital que vestía a sus hijas con ropita de encajes que tú heredabas, ya sin encajes. La tía tía que era como tu madre le había pedido al chofer de la chiva que te dejara en la puerta de la casa, no te fueras a perder, aunque ya estabas perdida para siempre, y el chivero te miró con burla, al menos así lo pensaste tú, que sin duda ya le habían contado que casi casi violas al novio de tu hermana, y que lo tocaste en mala parte, como vociferó tu tía que quería tu bien, y llegaste sin más ni más hasta la casa de la tía siempre tan elegante de la capital, la casa en un cerro desde donde se veían todas las luces de toda la ciudad, aquella casa tan grande rodeada de árboles y una gran terraza, arreglado todo con un gusto exquisito.

- Tienes hambre, verdad.- Te preguntó y te llevó a la cocina, como a la Cenicienta, aunque, claro, allí no había cenizas, una cocina grande y cómoda y le dijo a la empleada que te sirviera algo de comer. Tengo frío, ya se ha quietado la cucaracha voladora, tranquila, tranquila, no, no prendas el encendedor, no la mires más y estáte quieta, muy quieta para que no te vea. Qué fatiga, ¡Dios mío!, estoy tan cansada, y la cabeza se me ha encendido de asco, todo me da vueltas, sí, tengo mucha, mucha fatiga. Si haces el más ínfimo movimiento caerá sobre ti la cucaracha, y volará sobre tu cabeza, porque es una cucaracha voladora, de esas que sólo se encuentran en San Blando, el pueblo que no tiene cuando, y en las calles más sucias de la ciudad de las luces rojas que te esperaron, que te esperan. No, no debo moverme, pero la cabeza ¡cómo me duele!... Estás tan agitada y ella, la cucaracha que no quiere caminar, que sólo quiere volar sobre ti se va a dar cuenta. Sí, debo estarme quieta, muy quieta, muerta, enferma de asco, el miedo y la fatiga, pero tengo frío, mucho frío, como el frío que sentí en esa casa del cerro desde donde se veían todas las luces, y tus primos y primas, los que te condenaron al silencio de

SIN FECHA FIJA

aquel verano, recuérdalo, aquel verano en ese pueblo de nunca jamás, y no, ellos no estaban, ya deberían estar muy crecidos, como tú.

- Y ya sabe, acomódele la cama que hay en ese cuarto, ella irá a la escuela, porque querrás seguir estudiando, ¿verdad?

Y te sentaste a la mesa, con tu maletita, con tu ropa de remonta, ya sin encajes, como fuiste a la escuela por primera vez con tus cuadernos y tus lápices, y la criada con uniforme te sonrió.

- Ahora no puedo hablar contigo, pero ya lo haremos mañana.- Y la tía siempre tan elegante se fue, y sentiste mucho, mucho frío, como ahora, claro, si estoy sin blusa, es mejor que me la ponga, debe haber entrado la noche, debe haber un lugar por donde se filtra un poco de aire. No, no puedo seguir así, con la cabeza que me estalla. Puedes devolver el hígado, pero estarías más confortable, aunque esto apestaría, y no, no soporto todo este frío y esta humedad, este dolor sordo que me ahoga. Sí, se me va a reventar la cabeza, está reventándose, reventándose, me va a estallar, y la cucaracha allí, pero el dolor ya pasará pronto, ya verás, es que eres mal educada, estos dolores de cabeza son nerviosos, ya lo decía tu tía que tanto te quiere, que no sabes controlar tus instintos, ya se te pasará la fatiga, tranquila, respira hondo, muy hondo, que si devuelves la papilla será peor, ellas comen de todo, y todo lo inundan del mal olor que despiden sus alas descomunales.

- Quieres ver la tele. Te preguntó la criada con uniforme, — en mi cuarto hay una. Sí, querida, te sentiste muy sola como siempre, y con frío, y este dolor descomunal, claro, si sólo piensas en él, olvídalo y verás cómo pasa, ya te lo han dicho. Y ese día no vi a los primos que tal vez no me querían, por-

los que se formaban en la casa del vecino... confiesa, puta, confiesa. Y encima el engaño. No, lo juro, no he hecho nada. Entonces, fue el Espíritu Santo, eh, ¡fue el Espíritu Santo! Y los golpes iban y venían y tú en un rincón, allí en esa gran galería, en la penumbra, con tus ojos enormes escuchando, escuchándolo todo, la pobre vecina a quien le había pasado lo de *la Zulianita*; *la Salvaje*, *Rafaela*, que todas habían metido la pata, y la muy ratona, todavía pensaba irse de viaje, y habrá que casarla, pero quién, quién es el padre, confiesa, puta, confiesa, y los golpes iban y venían y la mentira, y al fin confesó, que era el panadero más casado que el carajo, y es verdad, dijo el médico: es virgen. Es virgen, es virgen, fue el Espíritu Santo, y lo dijo todo el pueblo, como todo el pueblo supo también que casi violas al novio de tu hermana, y eso que a tu familia no le gustan los escándalos.

Y en la ciudad de las luces rojas, esa noche te dormiste viendo la tele, mientras la criada de tu tía siempre tan elegante, planchaba y te contaba de su hijo, al que ella decía que adoraba, aunque el padre no le daba ni medio, pero se lo había reconocido, y no se atrevía a traerlo a la casa de la tía tan elegante, porque ese chiquillo lo tocaba todo y podía romper algún adorno valiosos de la gran sala Luis XV, donde todo era carísimo, y sólo lo veía los fines de semana en la casa de la vecina que lo cuidaba, ya que aunque allí había otros servidores ella era la que controlaba el trabajo y hacía que todo marchara bien. ¡Cómo estoy de cansada!, sí, es cierto, el dolor de cabeza se ha ido aliviando así, respirando hondo, muy hondo, si durmiera un poco, pero no, con esa cucaracha voladora no me atrevo, pero estoy tan cansada, como cansada estuviste en la ciudad de las luces rojas, y días después cuando supiste por la tía tan elegante, sí, querida, tu madre murió al nacer tú, y a los muertos hay que respetarlos, y ella está muerta, y tu tía que es como tu madre, tan buena, tan virtuosa, que nunca te lo dijo, que te llevaba a visitar su tumba, por la caridad que tuvo contigo, sí, claro, pero mi hermano no debió mezclarse nunca con ella, tú eres hija por fuera y él se casó con otra y no con tu madre que se murió, con todo que era viudo, ya que la madre de tu hermana, tan señorita, había muerto también, pero con ella sí estuvo casado, sí, pero él, hombre al fin, con ellos era distinto, porque es bueno que sepas que tu

SIN FECHA FIJA

tatatatarabuelo ayudó en la construcción de la primera iglesia en Tierra Firme, y tu padre, tan bueno, te reconoció, por eso llevas nuestro apellido, y hay que salvar el nombre, la reputación, tú haz lo que quieras, lo que quieras, pero un hijo, ni se te ocurra, porque meter la pata es quedar encinta... (y tú vas y compras tus propios desechos por litros, por botellas, por galones). Sí, estoy cansada, tan cansada como el día en que llegaste a la ciudad de las luces rojas, y la criada habla que habla de su hijo sin padre, como las hijas del pecado, como tu pobre vecina que el médico dijo que era virgen y había metido la pata, y lo supo todo el pueblo, y cuando llegó la tía tía que era como tu madre, comentando, comentando que fue en el río, una vez y de pie pensaste que ella tenía razón en no dejarte ir al río, porque podrías tener un hijo del Espíritu Santo, y te enterrarían viva, como estoy ahora en este ascensor, enterrada, pero tu vecina la virgen ya tenía cuatro meses y no se podía abortar, y virgen y mártir el panadero se la llevó al río y siguió siendo mozueta, pero el panadero tenía mujer y no podía responder y casarse, qué vaina, si apenas probó el asunto, y tú viéndola, viéndola, y ella con unas ojeras cada vez más hondas y más grises, y a lo mejor la enterraban viva, por mala, y tú mirándola, desde el gran portalón que rodeaba tu casa, la casa de tu honorable familia, "*forever and ever in hell*", y tú también tenías un pecado, el de tus primos, a cuya casa irías y en cuya casa dormiste aquella noche y la empleada, tan buena, que hablaba y hablaba de su hijo sin padre que crecería y estudiaría y a lo mejor llegaría a ser médico, y ella estaba contenta como estaba contenta tu vecina virgen y mártir del pueblo de San Blando que no tiene cuando, y en su casa hasta le permitieron, esto es el colmo, rugió la tía tía tan buena, tan beata, que el panadero casado fuera a visitarla. Sí, la cucaracha voladora se ha quedado quieta, muy quieta con sus alas aplomadas, negras, rojizas, con sus alas descomunales, como las mariposas negras que dan los números de la lotería, y tal vez esté así toda la noche, porque debe ser muy de noche, y ellas sólo salen a pasearse cuando oscurece en los lugares inmundos y aquí con todas estas humedades del recuerdo de tí, y ya casi que no siento la cabeza, que me dolía, que te duele, pero ya vez, es cuestión de no pensar, y la tía tan elegante siempre tan elegante de la capital advirtiéndote muchos días después de tu llegada, porque no había tenido tiempo de nada, que es bueno que sepas qué

métodos usar, mira que querer violar al novio de tu hermana, pero ya lo decía yo, que no eras buena compañía para mis muchachos, pero hay que tener caridad, y claro, a la calle no te vamos a echar... sí, (una fila que compra tus heces por litros, por galones, por botellas...), total, eres la hija de mi hermano, pero es bueno que sepas que *Esto si es un contraceptivo...* (la compran por galones, por litros, por botellas...) *Es un contraceptivo eficiente*, ¿, que por añadidura destruye todas las bacterias, porque claro, hijita, es bueno que sepas que te pueden dar enfermedades muy feas como las que se ven en los hospitales que visito y puedes llenarte de unas erupciones y llagas, pero yo estoy muy ocupada, y no puedo amarrarte a una cama con una bola de preso y mira esto, parecen globitos, pensaste, como aquellos que una vez encontraste en el río, y los hay de todos los colores, y evitan cualquier contagio, y esto sí te digo, si metes la pata te vas, y ya sabes lo que tienes que hacer, mucho cuidado, sobre todo con tus primos, mira que querer acostarte con el novio de tu hermana, y tocarlo donde no se debe, pero la cabra tira al monte, y de nosotros no sacaste nada, ya sabes, o él usa globitos y tú usas *los supositorios vaginales* que dice la tele que son simples de usar, (por galones, por litros, por botellas ...) Tengo mucho sueño, vamos a la cama que hay que descansar en este suelo viscoso, frío, hediondo, todavía humedecido, pero es mejor dormir, así se te calmará este dolor de cabeza, mejor es dormir, como dormiste la primera noche en la ciudad de las luces rojas, hasta el día siguiente, tranquila amor, tranquila, una orinadita más y a dormir, y el dolor se te irá, ya lo verás, pobrecita la huerfanita que no tiene ni padre ni madre, a dormir, cariño, tranquila, a dormir, dale dale a la mocita, con una piedrecita, en la cabecita y dolerá menos, mucho menos, a dormir como lo hiciste en esa enorme ciudad, qué más da todo, qué más da la cucaracha voladora, que no tiene marihuana pa' fumar, que como dice mi marido, los samblandefños no han podido ni acabar con las cucarachas, hay algo blando bajo mi cuerpo, así como tú, siempre bajo él, y siento algo gelatinoso, como pus, no sé, algo crujiente que despedazo bajo mí. Sí, al fin he matado a la cucaracha, la he matado, sí, ya no estará más aquí, la he matado con mi cuerpo, tranquila, no es nada, total, duerme, querida, duérmete con todo y el frío que sientes, como te dormiste aquí y soñaste que tú comprabas tus desechos por

SIN FECHA FIJA

litros, por galones, por botellas, que si no viene el cuco y te comerá, como te dormiste conversando con la empleada de la ciudad de las luces rojas, verdes, amarillas, en esta ciudad donde se dan todas las desesperanzas, he matado a la enorme cucaracha aplomada como una mariposa negra, y ya no estará aquí, al fin, y casi se me ha ido el dolor, y qué importa, qué importa, porque todos creyeron que casi violas al novio de tu hermana, porque tu tía tía que era como tu madre que dice que lo vio, lo vociferó por todo el pueblo, y porque un día llegaste a la ciudad de las calles sucias, donde corre una quebrada inofensiva que en la estación lluviosa se lleva toda la basura que los samblandefios arrojan, porque como dice tu marido, son tan cochinos, y fuiste a la ciudad de la espera, donde siempre estuvieron encendidas para ti todas las luces rojas, a donde fuiste cuando dejaste el pueblo de San Blando que no tiene cuando, el pueblo donde se han dado todas las historias, con un para siempre en el infierno, con la mujer que siempre miraba el sol y sus hijas del pecado, y partiste con tus demonios y tus ángeles y tus miedos y tu enorme ignorancia y tus cantos a la virgen y la eternidad para siempre, para siempre a tus espaldas.

— . —

Tranquila, tranquila, sí, has matado a la cucaracha; me he librado de ella para siempre y he quedado sucia de pus, de alas de cucaracha, crujiente, estrujada por mí, para siempre y no volverá a revolotear más sobre mi cabeza, y no me molestará más y me he librado del dolor, ese dolor tan grande de cabeza, y tengo sueño, tanto sueño, sí, abrázate a tu cartera, como cuando eras niña, allá en San Blando, te abrazabas a tu "muñeca querida, blanca y rubia como un querubín", muy distinta a ti, que eres así medio café con leche, aunque tu familia, tan aristocrática, de pura prosapia decía que era de la pura raza blanca, aunque tu padre tuviese el cabello crespo, y tu madre, no sé, no sé cómo era mi madre, porque murió, porque la mataste al nacer, pero no fue buena, ya te lo dijo la tía siempre tan elegante de la capital, no fue buena, tu padre tuvo consideración con ella, y tú la heredaste, por eso eres así medio quemadita, aunque pasas por blanca en la capital de las luces rojas, sí, muy distinta a tu "muñeca querida blanca y rubia como un querubín", que se per-

dió y que te acompañaba en tus sueños de niña, duerme, duerme. No, no puedo dormir, rodeada de este vaho que despide mi propio cuerpo, de tanta humedad y estoy enfriándome, enfriándome cada vez más, invadida de tanto recuerdo de ti, por tu pasado remoto, el diablo, con cuernos y alas de murciélado, como la cucaracha que no volveré a sentir revolotear sobre mi cabeza, que ha muerto para siempre, al fin, pero al diablo no pudiste matarlo, a él que te miraba desde el reloj que representaba la eternidad. Deja de pensar, nunca se debe pensar, se peca "de pensamiento, palabra, obra y omisión", y sobre todo de pensamiento, si piensas mucho no te podrás dormir y podrá regresar el dolor, duérmeme mi niña, duérmeme mi amor, duérmeme la prenda de mi corazón, así, tranquila, intranquila, sudando, con mucho frío, pero sudando, acurrucada, abrazada a tu cartera, sucia de ti, de la cucaracha que ya no puede caminar, feroz, repulsiva, así, tranquila, sin esa jaqueca que te ahogaba, y ni tan siquiera te has limpiado, pero debes dormir, como en un largo viaje en tren, donde vas por horas y horas, un tren despoblado, desierto, deshabitado, y allí vas, en pleno aislamiento, como el ermitaño de las barajas, ahora sí estás sola, amor, amada, ahora sí que estoy sola. No pienses, no pienses, la mente en blanco, uno, dos, tres, cuatro, cinco, Dios te salve María llena eres de gracia y así es mejor, duerme, no te inquietes, acurrucada por horas, y con frío, para que duermas larga, largamente, y se hagan más cortas las horas de la espera, total, algún día vendrá alguien, y habrá mucha, mucha gente, como un viaje extenso como las llanuras de San Blando, el pueblo que no tiene cuando, donde no se sabía por dónde salía el sol, porque lo hacía por lugares diferentes a todos los lugares del mundo, allí está el tren, sin avanzar, por horas y horas, con muchas, muchísimas personas, en donde apenas se puede andar, pero vas sola, muy sola, absolutamente sola, y te das cuenta de que sí, de que hace muchas horas ese tren no se mueve, por tu pasado remoto el diablo y junto a él dos jóvenes como lo fuiste tú, con las manos atadas a sus espaldas, inmobilizadas, como lo estuviste cuando el novio de tu hermana te arrinconó y te miró con impudicia, y mira cómo me tienes, te dijo, arrinconándote, como estoy aquí, ahora, sola. Apenas he logrado dormir, pero ha pasado el tiempo, sí, has descansado y tomas fuerzas, y el dolor ha desaparecido, sí, qué sucia estoy, en este suelo gelatinoso, inmundo, en este ascensor escuálido y sórdi-

do. Mejor es salir de este letargo, ¡cómo quisierairme de aquí!, tengo que hacer algo, no puedo esperar tanto, estoy enmohecida, tal vez cuando salga estaré herrumbrosa, con un musgo muy verde que me crece por todo el cuerpo, toda oxidada, en esta pestilencia insufrible, enterrada viva, como aquel antepasado tuyo que no conociste, y que cuando lo fueron a sacar del condominio estaba entero, enterecito. Sí, amor, tienes que salir de aquí, ahora, con más calma, sin fatiga, libre del dolor que te agobiaba, tengo que encontrar alguna forma de abrir la puerta, pero tengo hambre, tanta, tanta hambre, es que el hambre me está matando, un hambre insaciable, te comerías los codos, y sed, pero sobre todo hambre, es ella, su majestad el hambre, la que nunca sentiste porque siempre estuviste bien alimentada, con aquellos enormes platos de sopas de fideos con papa que la tía tía que era como tu madre te hacía comer a la fuerza, sí, es el hambre lo que me seca la boca casi sin saliva, pero es el hambre; es mejor no pensar en la sed, amor amada, estás sola, pobrecita la huerfanita que no tiene ni padre ni madre, pero allá en San Blando no querías comer, y flaquita y todo la directora del coro encontró que tu voz era hermosa, tu voz de papagayo, como decía la tía tía que era como tu madre, tan buena, pero tenías una voz hermosa. Tengo hambre, es la hamb-bruna que se ha adueñado de mi estómago como una garra, cómo me duele la boca del estómago, una zarpa áspera y dura, nunca nunca he sentido tanta hambre y tanta sed, ¡Dios mío!, qué pensaré tu marido, con quien te casaste para que te diera respetabilidad y limpiara tu vida como un día limpiaron las calles de San Blando que los samblandehños volvieron a empuercar, como dijo la tía tan elegante y la tía tía que quería tu bien, sí amor, por tu pasado remoto estaba el diablo portador de miseria, sufrimiento y desolación, como te sientes ahora que quieres salir de aquí para irte a tu casa, donde está tu marido, tan bueno, si no fuera por él aún estarías allá, en San Blando que no tiene cuando, o en la ciudad de las luces rojas, de la seca a la meca, porque en ninguna parte se te quería, aunque tu tía la solterona beata que era como tu madre gastó tanto en darte una buena educación donde las monjitas que te hablaron de *forever and ever in hell* ; pero él, tu marido, tan alto, muy alto, te libró de toda esa gentuza primitiva y tienes que agradecerse, y estoy desvanecida de hambre, de este anhelo de una mínima caricia de ti, que un día

me miraste con ternura, allá en la capital, en la ciudad de las luces rojas con las calles sucias, donde esperé más tarde tus llamadas, y fue cuando te alejaste de mí para siempre, y la criada de la tía tan elegante que te habló de su hijo, ya no tengo frío, tengo hambre y sed, cada vez más hambre, en este sarcófago de metal en donde se consume la carne, sí, amor amada, allí estaba él a tus doce años, con su radio a todo volumen, el pelirrojo pecososo, con quien nunca cruzaste una palabra, sólo te silbó, fuuu, fuuuuu, aquella tontería, y luego se fue del pueblo, y un día la criada de la tía tan elegante te dijo que tú no salías nunca, sólo de la escuela a la casa y de la casa a la escuela, y la ayudabas a lavar, planchar, y un día te invitó a visitar a su hijo reconocido, no, no puedo quedarme así, mojada, a lo mejor tengo alguna servilleta en mi cartera, tu magnífica cartera de cuero, creo que con el encendedor veré mejor, aunque qué va, apenas si se ve, la llama se está acabando, y entonces sí que estaré en las tinieblas, mejor lo guardo para mis cigarrillos, adivina adivinador quién es este gran señor, algo cuadrado, de cuero, por supuesto, todo lo tuyo es muy fino, a ver, ah, sí, mi monedero, y esta otra cosa alargadita, redonda, ah, mis pastillas, mis pequeñas misericordias amarillas, redondas, y esto otro suave, rectangular, con hojas de papel, claro, mi libreta de teléfonos donde nunca pude apuntar el número de Dios, así lo hubiera sabido, nada, ni un pañuelo, ni una servilleta, claro, tan descuidada con tus cosas, porque en tu trabajo sí que eres cumplida, y al menos las monjitas tenían sus pañuelos con qué secarse el sudor. ¡Mira qué lindo suenal, “como lindas campanitas de cristal”, claro, ya ves, ya ves, el que no lo adivina tonto es, las llaves de mi casa, y del carro que te regaló tu marido diciéndote que no te puedes quejar, dime cuándo pensaste que ibas a tener un carro de ocho cilindros, ahora que se está agotando el petróleo, grande, espacioso, todo rojo por dentro y por fuera como las luces de la capital de San Blando, y te lo dio advirtiéndote que debes manejarlo con mucho cuidado, es caro y debes saber valorar lo que te doy por hacer el amor sin amor, por costumbre, a la misma hora, el mismo día, siempre igual, él tan alto, tan fuertote, y tú tan bajita, un pigmeo a su lado, pero te había regalado ese espléndido automóvil con llantas blancas, y *power steering* y *power brakes*, que los samblandehños no podrían soñar tener uno igual.

Ellos nunca te habrían dado el lujo de tener un carro como ése, sí, porque querían ver qué sacaban de ti, y ninguno de ellos se hubiera casado contigo, después de lo que hiciste a pesar de haber jugado al escondido en el pueblo de San Blando que no tiene cuando. Tengo que salir de aquí, no soporto más esta hambre y esta sed. ¡Qué bien me vendría una taza de café, calientita, aquí, ahora, con una mermelada fina, finísima que los samblandefños no prueban jamás!, sí, golpea la puerta fuerte, muy fuerte, pero nadie te oirá. Y un día la criada de tu tía tan elegante te invitó a salir con ella a visitar a su hijo que cuidaba una vecina, y la tía tan elegante te dijo que sí, que fueras, ya sabes que no tienes que pedir permiso, ya te dije que puedes hacer lo que te dé la gana, se te da suficiente dinero, puedes hacer de tu vida un tren, pero con cuidado, ya que te interesa esa gente vulgar, sin principios, tan primitiva, pero claro, la cabra tira al monte, y fuiste a donde vivía la vecina de la criada, en donde había cuartos, muchos cuartos con muchos números, muchas puertas, todas abiertas, pequeñas, no como ésta que no abre por más que lo intentes, muchas puertas por donde entraba el sol duro, agotador, recalcitrante, tengo que salir, un último esfuerzo, ¡Dios mío!, ¡golpea duro!, ¡más duro!, a ver si te oyen, y allí, en aquellos cuartos sí daba un sol cruel, y había muchos niños de todas las edades, porque no se conocía la *sana costumbre*, y un abanico eléctrico que echaba humo y un televisor, un radio a todo volumen como el del muchacho peligroso, pecosco, cantando "decir te quiero, decir amor no significan nada"... , tengo hambre, cómo, cómo me baila el estómago, claro, tan acostumbradito a comer sus buenos platos de sopa de fideos con papas desde niña , y la buena comida de tu casa, la mejor de todas, la mejor carne, el mejor café, la mejor leche, el mejor helado, y que la tía tan elegante de la capital también consumía, porque tenía muy buenas relaciones, que se la conseguían, y ahora se la proporcionas tú, porque tu matrimonio te dio categoría, (la gente compra tus desechos por litros, por botellas, por galones). Tengo que olvidarme de la hambruna, y allí estaba el hijo de la criada con sus ojos negros, muy negros, brillantes como la mirada de un niño, a ver, mi amor, dale un beso a la señorita, y él te miró con su mirada de niño, con el cabello manchado de pintura, pintura verde, como verde me pondré aquí de tanta humedad y tanto orín, y tengo mucha, mucha sed. Chasquea la lengua, tal vez el infierno

sea con mucha sed, mucha hambre y mucho frío, y el niño se acercó huraño, mirándote, mirándote con su mirada de niño y yo con mucho calor y sed, como ahora, pero una rata hambrienta se paseaba por los vasos del cuarto, por las camas, mucha sed como ahora, y el niño me dio un beso en la mejilla, tierno, húmedo, tú eres muy linda, te dijo. Ay, mani, mira qué chiquillo tan vivo, si es vivísimo, tomando su chance con la señorita, y acercó su mejilla empolvada con polvo de la calle, y su cabello rizado, castaño, con una mancha de pintura verde, sí, no recuerdas ningún otro beso más que éste, tal vez la tía tía que era como tu madre, tan buena, que se sacrificó por ti, te besó alguna vez, pero no lo recuerdas, allá en San Blando que no tiene cuando, con todas las comodidades, o en la casa de la tía tan elegante de la capital donde todo era tan limpio, tan fino. El niño con mirada de niño como sería la mirada de..., y tranquila amor, tranquila, vamos a hacer un intento por salir, allí en tu cartera, tienes una peinilla con palito y todo, que puedes meter por la ranura de esta puerta rígida y esclerótica, tienes que abrir, tienes que salir para siempre para siempre de este infierno, dale, mete el palo de la peinilla por la ranura, a ver, fuerte, ayúdate con los brazos, para qué vas a golpear si nadie te oye, así, con la peinilla, dale fuerte, muy fuerte, hace unas horas pudiste abrir una rendija y creíste, que un rayo de luz entraba, vamos, un esfuerzo más, con furia, dale, más fuerte, más fuerte, adelante, ya has descansado bastante, sigue, que ya has introducido la peinilla con palito en la ranura, dale duro, más duro, sí, Dios, sí tendré fuerzas, no será como la última vez, dale, así, por la ranura, sí, ahora sí la abriré y saldré de aquí, porque tengo que salir de todas maneras, dale duro, más duro, con fuerza!!! ¡Nada!, se ha roto la peinilla y nada, y esto tiene que abrir de todas maneras, llora, sí, llora y golpea fuerte, muy fuerte, con desesperación, con rabia, con ira, dale duro, muy duro con tus manos, con tus puños en alto, con dolor, repetidamente, cíclicamente, grita más, atterradoramente, desesperada, con ese alarido que tuvo que lanzar aquel antepasado tuyo que no conociste y que estaba entero, enterecito cuando lo sacaron del condominio allá en el pueblo de San Blando que no tiene cuando, golpea hasta sangrar, con fuerza, alguien tiene que oírte, ¡oh Dios!, estoy tan cansada, todo ha sido inútil, cómo me duelen las muñecas, húmedas, saladas de mi propia sangre, no, no puedo más, sí, amor, amada, llora, llo-

ra todo lo que quieras, ya no tienes fuerzas, y allá en la ciudad de las luces rojas tampoco las tuviste, y empezaste a ir a la escuela, y de la casa a la escuela y de la escuela a la casa, sí, y empezaste una vida más solitaria todavía, aunque a esto la tía tan elegante le llamaba libertad, porque a ella no le importaba nada, sin la mirada vigilante de tu tía beata y solterona que era como tu madre y fuiste a la escuela, tranquila, tranquila, llora todo lo que quieras como cuando era una niña pequeña, pequeñísima y llorabas abrazada a tu muñeca querida, y allí en la escuela de la capital de las luces rojas no había monjitas, ni Blacamán, sólo los profesores y tus compañeros que eran más de sesenta, en un salón donde a malas cabrían treinta, pero tú estudiabas y eras buena alumna, y esto sí alegraba a tu tía tan elegante, porque al menos no me da problemas con los estudios, como hacen tus primos con sus automóviles, que apenas te hacían caso porque no te querían, porque tú eras una soplona y les habías friqueado aquellas vacaciones, los hijos de la tía tan elegante que te enseñó cómo no meter la pata, sí, llora así, con desesperación, con angustia, como cuando eras niña, y tu culpa que allí estaba, y tú querías confesársela a un cura, y tus compañeras que hablaban en los recreos *piel fina, suave como la seda, que sólo espera de tus caricias*, y se reunían y hablaban y hablaban siempre de lo mismo, organizando bailes. — Y qué, ¿tú nunca has ido al cine?. ¡Niña!, no puede ser. Y ¿tienes novio? No, claro, pobrecita la huerfanita, qué va a haber tenido novio, y eso que es graciosa, pero yo quería confesar mi culpa, tenía que librarme de ella, tranquila, tranquila, llora lento, más lento, lentísimo, nada te va a pasar, tranquila, pero te has perdido de lo bueno con eso de no haber tenido nunca novio, y les hablaste del muchacho pecoso con el radio a todo volumen, porque de verdad, casi te salen cachitos. Y se burlaban de ti y del pueblo de San Blando que no tiene cuando, y de la tía tan buena, tan beata que se iría al cielo cuando se muriera y que tanto había hecho por ti, pero no sabes lo bueno que es eso de "fue una vez sin pensarlo ni planearlo", ahora sí que no podré salir de aquí, ahora sí que la esperanza ha muerto para siempre, llora, llora lento, más lento, lentísimo, y qué, ¿tú nunca vas a ninguna parte? Si quieres un día nos paveamos y nos vamos por allí, o ¿es que no te dejan salir sola? Sí, claro, puedo hacer lo que quiera. Oye, pero tú vives en un lugar muy bonito. Y fue también cuando visitaste por primera

vez a una bruja, porque querías conocer tu futuro, si de verdad te condenarías en el infierno. Así, tranquila, se llora tres minutos y luego se moquea. Y tendrás sed, mucha sed, y mucha hambre si sigues así, calma, calma, calma.

Oye, mani, vamos a ver a una bruja para que te lea la suerte, y ¿allá en San Blando, no hay ninguna? Sí, claro que la había, la del gato, la que visitaste años más tarde. — En mi pueblo de San Blando que no tiene cuando también hay una, pero nunca he ido a visitarla, sólo la vi de lejos, allá, muy cerca de la zanja de los hierros viejos que cercaban su casa y que afeaban la salida del pueblo, y para qué iba a ir, aunque la que era como tu madre iba a verla con todo que era pecado, y que esas mujeres todas tienen pacto con el diablo, pero quería que le diera los números de la lotería, que nunca se ganó, y para ese entonces para qué iba a ir, pero ahora, a los dieciséis años sentiste curiosidad. — Sí, vamos, si quieres nos paveamos de la clase de la prof. esa, tan buena, que no pasa lista. Y te llevé a un lugar muy feo, como la casa del niño con mirada de niño, que te dio un beso, y allí estaba aquella mujer gorda, muy gorda, con unos dientes de oro brillantes, brillantísimos, y aquellas barajas sucias, que ella te echaba por ti, por tu casa y por tu porvenir, sí, y por tu pasado remoto estaba el diablo, al que tanto temías, pero era tu porvenir el que querías saber, si te condenarías para siempre en el infierno, pero no, qué va, usted es para la vida, ¡uyyy!, pero sí que tiene mala suerte, mucha mala suerte, y te veía desde la penumbra, sonriendo con sus dientes de oro brillantes, brillantísimos, y por tu porvenir el cinco de espadas, a ver, qué viene ahora, sí, el as de espadas, las penas de amor, y tu madre murió, sí, claro, definitivamente tienes mala suerte, y debes darte unos bañitos para que tu suerte cambie, de esta agua que te voy a regalar, pobrecita, aquí está, mira, con un pájaro macuá, en ese líquido ámbar, el pájaro macuá es de las selvas, y, por supuesto que cuesta mucho dinero, pero te lo voy a reglar, pobrecita, para cambiar tu mala suerte en tres días, tres meses o tres años, el perfume del pájaro macuá para un buen bañito, así, bien hediondo, como aquí, aunque aquí soy yo quien está sucia de mí misma, atrapada, ahora sí, para siempre.

SIN FECHA FIJA

Ay, no, mijita, debe tener mucho cuidado, el As de Bastos al revés, y tú puedes tener un hijo, ya sabes, mucho cuidado, ya te lo había dicho la tía tan elegante de la capital, que tuvieras cuidado, sí, un hijo en tres días, tres meses o tres años, allí en la capital.

- Oye, bota esa porquería, no vas a creer lo que te dijo la adivina, ¿verdad? Uno lo pasa bien y ya está.

Pero la tía tan elegante te había dicho, y las cositas malas y las ojerazas magistrales, y no, mejor te ibas a confesar.

- Pero es verdad que yo no tengo mamá, y ella me lo dijo...

- Te he dicho que esto es para divertirse, no seas pendeja, si hubiera sabido que eran tan nerviosa no hubiéramos venido, y ya sabes, bota esa porquería por cualquier parte...

Y te fuiste a la casa de la tía tan elegante y te cambiaste el uniforme y te pusiste la ropa ya sin encajes, que no era tuya, sino de tus primas, y pensaste en tu compañera de escuela, tan simpática, que quería ser tu amiga, y que te había dicho:

- Oye, ven acá, y si vamos un día al cine para que conozcas a mi novio, además le diré que traiga un pasiero.

- Es que no tengo dinero.

- No seas tonta, mani. Yo te invito, o mi novio, o el pasiero de mi novio que está más bueno. Sí, nos paveamos otra vez y nos vamos al cine.

Y el día que te paveaste para ir a la casa de la bruja nadie se dio cuenta, y nunca, nunca antes se te había ocurrido pavearte, y ¿no será pecado?, y te confesaste esa paveada, y la ida donde la adivina, tan gorda con sus dientes de oro, relucientes, adivinándote tu pasado remoto y tu porvenir en tres días, tres meses o tres años, y el cura te dijo que era una tontería, que a tu edad sólo había pecadillos, pobrecita, tan flaquita, y es hasta bonita, pero ya ves, ir al cine es sólo un pecadillo, aunque él no sabía que yo tenía muchos muchos pecadotes, y casi le cuento todo lo que me había pasado, lo que me había dicho la tía tan elegante de la capital, lo de que casi violó al novio de mi hermana, pero no, de ninguna manera, y él piensa que eres buena, y la verdad, yo no

ISIS TEJEIRA

sabía nada de nada “esta noche quiero estar contigo, compartir contigo mi calor”, y te fuiste al cine con tu amiga y su novio, y el amigo que te miró con sus ojos negros, muy negros y ardientes y sentiste algo que nunca habías experimentado, ni siquiera por el pelirrojo de la radio a todo volumen, y te dio rabia, mucha rabia, como cuando el novio de tu hermana te besó, baboso, aunque era diferente, claro, pero tú no sabías nada de nada, y el amigo del novio de tu amiga te tomó del brazo y sentiste un estremecimiento, “podría amarte con todas las fuerzas de mi alma”, pero tú, turbada, alterada, y no, esto no puede ser bueno, y te ruborizaste, y mira, oye ve, dijo tu compañera tan simpática, que quería ser tu amiga, cómo se ha puesto de roja, y qué le has dicho, tonto, a él no le vayas a hacer caso, que es más levantón, pero “prefiero la muerte antes que verme en tus brazos”, y tú no sabes nada de nada, a pesar de todos los pesares, a pesar de que tu tía tan elegante, siempre tan elegante te dijo que *esto sí que es un contra conceptivo*, pero te dio mucha, mucha rabia, una rabia llena de vergüenza. — No seas tonta, no vayas a pagar, nosotros te hemos invitado.

El lugar era oscuro, tú antes sólo habías visto televisión, allá en San Blando, el pueblo que no tiene cuando, que tenía dos cines, pero nunca, nunca te habían permitido ir, porque allí no hay nada bueno que aprender, y sí que era oscuro, como este ascensor hediondo de mí misma, con mis manos heridas dolorosamente, que ya no sangran, y estoy cansada, y tengo tanta sed, tanta, tanta sed, y va no llorarás, para qué si uno se acostumbra a todo, al menos ahora desocupo mi vejiga cada vez que quiero, total para qué tanta cosa.

Y empezó la película.

TU ME HICISTE PERVERSA

Dijo un letrero grande y en colores, y luego la música sensual, suave, de balada, y se sentaron cada cual en su sillita, como en la escuela de las monjitas de San Blando te sentaste con tus cuadernos y tus lápices, esta vez sin dejar espacio para el Angel de la Guarda, y él con sus ojos negros, muy negros como los del niño de la mirada de niño, y tú adivinabas que él te miraba, porque no quitabas los ojos de la pantalla donde “él le bajó el zipper del vestido y no la dejó hablar”, la fiesta continuaba, una fiesta con mucha, mucha gente, y allí iban “el gavián y la paloma” que se había levantado en la fiesta, al baño y

SIN FECHA FIJA

allí él le levantaba la falda, y vaya al brincoteo, "no, no me dejaste hablar, solamente suspirabas, te necesito, abrázame más fuerte, más", y todo esto en la pantalla, y a tu lado, allí estaba tu amiga, tan simpática que te trató bien, con el novio, abrazados, sin dejar el más pequeño espacio al Angel de la Guarda, la película seguía "en un cuarto dos amantes" y "para grabarte en mi mente, yo quiero dibujarte con mis manos, yo quiero dibujarte con mi boca", y tu compañera tan simpática que te invitó al cine con un amigo, estaba allí, con el novio, igual que en la película, "sentir el fuego ardiente de tu piel", y "si los hombres no lo piden, las mujeres no lo dan", como dice aquí, en este ascensor tan oscuro, y el muchacho de los ojos negros y ardientes, que rozaba su brazo con tu brazo, como sin querer y tú, inquieta, y tus sienes martilleaban, atormentada, y tu corazón perseguido, azotado, ante ese hermoso joven del sexo opuesto, y te sentías extenuada, con mucha mucha vergüenza, igual que cuando casi violas al novio de tu hermana y tu tía que tanto te quería te acusó de haberlo tocado en mala sea la parte, siempre igual, pero distinto, porque en medio del asco y la rabia, empavorecida, con todo ese julepe, con tu amiga, tan simpática, besa que besa con el novio, allí mismo, en tus narices, te sentías amedrentada, desasosegada por la penumbra, con las mejillas ardientes y los ojos abiertos, muy abiertos por el asombro, "amor mío, cómo estás, con tu mirada, con mi silencio, sobre tu almohada, empieza el juego", y tú allí, y la película que nunca terminaba y otra vez "quiero dibujarte con mis manos, quiero dibujarte con mi boca". y siempre el mismo hombre con diferentes mujeres, y las faldas que subían y bajaban, y los zippers que subían y bajaban, y ellos que subían y bajaban, como "la bolita que me sube y me baja", como el nudo en la garganta, que casi me ahoga, y tu compañera, tan simpática que te había invitado al cine, no se distinguía en el alto arropo que tenía, con la besuqueadera y la tocadera, cuando él, con sus ojos negros, muy negros, te buscó la mano, y te dijo algo que no entendiste, y quedaste petrificada, fosilizada e invadida por la repugnancia, el miedo, "porque prefiero la muerte antes que verme en tus brazos", porque sentiste que la sangre te hervía, y temías que él también te acariciara con la pasión y el desenfreno de la película y de tu compañera con el novio, tan juntos, pero bien que te gustó el relajo, tienes que reconocerlo, pero mi repugnancia era mayor, y él, allí, que me fue a to-

mar la mano enajenada, febril, "amor mío, cómo estás, con mi mirada, con mi silencio, sobre tu almohada, empiezo el juego", y él se dio cuenta de tu asco, y esta mezcla incontenible de sentimientos dispares, que me enloquecían, y te quieres ir, te preguntó, sí, me voy, me voy, y me levanté delirante, con mucho deseo de no encontrarme allí, de no haber ido nunca, como nunca debí haber entrado aquí y encontrarme tan sola, tan desesperadamente invadida por el desaliento y el miedo, y sí, ya no es miedo lo que siento, es un qué más da, sin resistencias, sí, era preferible no llegar al último círculo del infierno, hubiera sido mejor huir a San Blando que no tiene cuando, y mi compañera tan simpática que quiso ser mi amiga se quedó, sin darse cuenta de que yo me había ido, por el alto arroyo que tenía con su novio, y él salió también, con sus ojos muy negros y ardientes, tras de mí, sí, me voy a mi casa, que no es tu casa, que es la casa de la tía siempre tan elegante de la capital, y sus ojos negros se quedaron allí, desconcertados, y yo pensaba que en verdad no era del cielo sino del cielo de donde venían los niños, porque esto sí fue claro para mí, no del cielo como una vez me había dicho la tía tía que fue como mi madre, y me fui pensando en San Blando, y en las monjas que me enseñaron del fuego del infierno y de sus círculos, y de la culpa y la expiación y los demonios con todos sus nombres, que se encontraban en cualquier parte, y el muchacho se quedó allí, mirándome, mirándome desde sus ojos muy negros y ardientes, mirándote.

— . —

¡Qué silencio el de aquí! Me gusta este silencio. Por la mañana, allá donde vivo, se da el silencio de las tumbas. En San Blando que no tiene cuando, en cambio, no hay silencios. Siempre están el canto de los cocorrones, el croar de los sapos, el misterio de la Tulivieja. Los samblandefños, dice mi marido, no saben apreciar la vegetación. ¡Todo es tan salvaje! Sólo los guayacanes que encienden la llanura todos los veranos, pero no, no saben utilizar la naturaleza como aquí donde vivimos tú y yo. No se ven, como aquí, las calles limpias, muy limpias, y las grandes avenidas, todas con nombres de árboles que no ensucian las calles, como las de San Blando. Tú vives en la calle

SIN FECHA FIJA

de las acacias anaranjadas, todas iguales, que florecen el mismo día y a la misma hora todos los años. Y esa otra avenida de las acacias con flores muy blancas como la nieve, por donde pasas para venir a la capital de las luces rojas, tan blancas como la nieve que nunca viste hasta que te casaste y saliste de viaje de luna de miel. Allí donde vivo se ha matado el croar de los sapos. Sólo se sienten los pasos de zapatos muy limpios, zapatos de suelas dobles, de caucho, porque no es posible contaminar todas las regiones del ruido que hacen los samblandefños. El camino de mi casa, tan limpio, después que se deja atrás una calle muy larga, por donde hay que pasar con mucho cuidado, porque en la capital de San Blando hay ladrones, y hay que subir los vidrios de tu enorme carro de ocho cilindros, con llantas blancas, *power steering*, *power brakes* y todos los poderes, que tu marido te regaló, tu marido que no adivina siquiera el gran favor que te hizo. Y se dejan atrás esas manchas de árboles que nacen solos, que están allí porque sí, porque con todo y todo la naturaleza es buena con los samblandefños, porque ni los veinticinco temblores diarios que tienen se sienten, pero allí donde vivo con mi marido se ha organizado el trópico. El sol está allí como el rayo de luz que se filtró por la puerta del ascensor. Sí, hasta el sol se ha organizado para tostar la piel, para que nadie suede. Tu casa refrigerada, casi fría, tu casa en la Avenida de las Acacias Anaranjadas, siempre iguales, que se cuidan muy bien de no ensuciar las calles, como en la capital, y es cierto, no hay sed como ahora, toda la sed y el hambre que tuviste durante mucho tiempo y muchas tardes después de que mi compañera me llevó al cine con su novio, mucha sed y hambre como la que tuviste cuando ibas a morir. Sí, una vez iba a morir y no quiero que ese día se borre de mi memoria, porque entonces ya no tuve miedo.

Al día siguiente, después que fui al cine, fui a la escuela, y allí estaba mi amiga, como si nada, tan tranquila.

- Y sí que has sido mala compañera, -- me dijo -- pero claro, ya vi que te fuiste con él y qué?, ¿cómo te fue?.

- Y qué querías que hiciera, -- le dije -- me dio mucha rabia. -- Y la miré indignada.